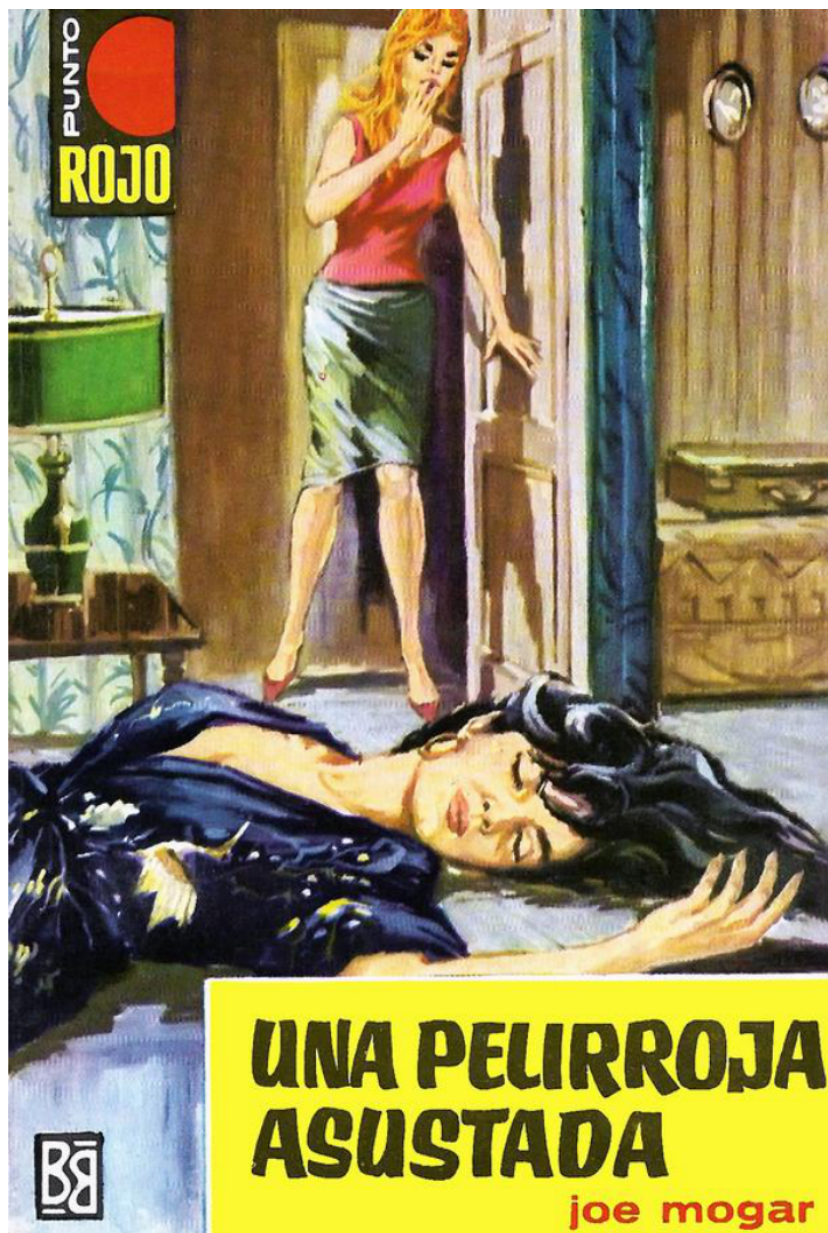


PUNTO

ROJO



UNA PELIRROJA ASUSTADA

joe mogar

JOE MOGAR

**UNA PELIRROJA
ASUSTADA**

Colección PUNTO ROJO n.º 73
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 19.154-1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

PRIMERA EDICIÓN: SETIEMBRE 1963

© JOE MOGAR - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 3710/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL:

En Colección **BISONTE**:

810. — ¡Te mataré, forastero!

En Colección **BUFALO**:

393. — Alias, «Pistol Kendall».

En Colección **SERVICIO SECRETO**:

675. — Testigo de su muerte.

En Colección **CALIFORNIA**:

345. — Un garito en Cuervo.

En Colección **TEXAS**:

364. — Una cabaña en el lago.

En Colección **COLORADO**:

284. — La vuelta del fugitivo.

En Colección **KANSAS**:

146. — El que a hierro mata...

En Colección **BRAVO OESTE**:

88. — Dos balas de plata.

En Colección **PUNTO ROJO**:

59. — Ruth morirá joven.

Uma PELIRROJA asustada

por JOE MOGAR



CAPÍTULO PRIMERO

Se llamaba Fay Colman y era pelirroja.

Fay era una deliciosa mujer de diecinueve años, con algo más de lo que una mujer corriente debe de tener.

Frente ancha bajo sus maravillosos rizos pelirrojos. Cejas finas y ligeramente arqueadas encima de unos grandes ojos, rasgados y profundamente negros. Nariz recta, fina, y boca de labios rojos y sensuales.

Una garganta de cisne, senos altos y pujantes, como un desafío, estrecha la cintura y piernas largas, bien torneadas, enfundadas en medias de superior calidad, y los pequeños pies calzados con zapatos de alto tacón.

En conjunto, Fay era una hermosa muchacha. Hacía volver el rostro a todos los hombres que se cruzaban con ella, y las mujeres la miraban con envidia.

Fay era mecanógrafa de una empresa de importación y exportación. Y, aunque no lo denotaba en modo alguno, Fay estaba asustada.

Nunca había tenido miedo por nada. Ni cuando era niña. Pero ahora sí. Ahora, Fay, más que asustada, se hallaba verdaderamente aterrorizada. Temía a la noche más que a nada. También temía volverse loca.

Desde hacía una semana luchaba con la idea de ir a un especialista mental, pero tenía tanto miedo a éste, como a las cosas que le estaban ocurriendo.

Fay tenía miedo a morir. Pero a morir asesinada.

Cierto que su familia era la primera en decir que aquello era producto de su imaginación y más que de ésta, de su afición por ver todas las películas de *gangsters* que se proyectaban en las pantallas de todos los cines de San Francisco.

Pero ella estaba segura de que aquello no era verdad. Su mente

siempre era ágil para todo y no desvariaba.

Pero ¿quién tenía intención de liquidarla?

Fay no lo sabía.

De lo único que tenía absoluta conciencia es de que ya había sufrido dos atentados en menos de una semana. El primero, en la estación central de San Francisco, cuando un desconocido, una persona a la que no logró reconocer, disparó contra ella con una automática provista de silenciador.

En el mismo andén se desmayó, y después, cuando fue interrogada por la policía, no supo dar ninguna explicación a aquello. Por tanto, si la habían creído o no, Fay no lo sabía.

El segundo lo sufrió en Skyline Boulevard cuando la empujaron, sin que supiera quién, hacia la vía del Metro en el momento justo en que éste entraba en la estación.

Fay estaba ahora pensando en todo esto. Como hacía cada día por la noche, y un poco antes de abandonar el trabajo.

Ahora, sentada detrás de la mesita, teniendo frente a ella la máquina de escribir, Fay continuaba haciendo cábalas, haciéndose preguntas y más preguntas, sin lograr contestarse satisfactoriamente a ninguna de ellas mientras el corazón le latía más aprisa que de costumbre.

¿Qué había hecho ella para que desearan matarla? ¿Quién tenía interés en asesinarla y por qué?

No era rica, tenía que vivir de su trabajo, y, por si fuera poco, su familia, toda su familia, se componía de dos primos y dos primas, algo lejanos.

Vivía con ellos, en una casa de apartamentos en Lincoln Way. Ni apartamento propio tenía, y, aunque sus cuatro primos se portaban bien con ella, no por eso Fay dejaba de conceptuarse una intrusa.

Además, también estaba aquel otro hombre de edad indefinida.

Fay recordaba siempre, con entera claridad, su rostro duro como el granito y las hebras de plata de sus sienes. Pero, sobre todo, la mirada fría y dura de sus ojos grises.

En fin, un hombre que no conocía, que no la había abordado nunca, pero que desde hacía más de setenta y dos horas, la seguía continuamente, a distancia, sin molestarla, sin pronunciar una sola palabra, y ella tenía miedo.

Fay se estremeció al recordarlo. Fue un estremecimiento que

pasó desapercibido para todos sus compañeros de trabajo, que, en contra de los pensamientos de ella, como cosa lógica, ya que no podían saber cuáles eran los que había dentro de aquella cabeza pelirroja, estaban ahora interesados en recoger papeles de encima de las mesas, y guardarlos hasta el día siguiente.

Fay no hacía nada de esto, continuaba pensando y de vez en cuando sus ojos iban al gran reloj de pared, cuyas manecillas se iban acercando inexorablemente a la hora de salida.

Una hora que para todos sus compañeros marcaba un motivo de alegría, y para ella tal vez la de morir.

Lentamente ahora, Fay puso la funda encima de la máquina de escribir, y metódicamente, sin prisa, fue recogiendo los papeles para después irlos colocando en el más completo orden dentro de su mesita despacho.

¿Quién estaría mañana por la mañana sentada a aquella mesita?

Al formularse *in mente* esta pregunta, Fay se estremeció de nuevo y, por primera vez aquella tarde, sus grandes ojos se dilataron por el miedo, por el horror que sentía.

Pero fue solo cuestión de unos segundos. Después, éstos recobraron su expresión.

—¿Nos vamos, Fay?

Se puso en pie sin replicar, sin saber a ciencia cierta cuál de sus compañeros o compañeras de trabajo le había hecho aquella pregunta, y abandonó el despacho camino del ascensor que debía conducirla a la planta baja, sin saber tampoco quiénes eran los que la acompañaban, y mucho menos el motivo de las conversaciones que éstos sostenían a su lado.

Lo mismo que un autómata, Fay alcanzó la calle.

Entonces sí centró toda su atención a la misma. Al incesante tránsito de Market Street, a sus propios compañeros que la saludaban dando las buenas noches, despidiéndola hasta el día siguiente.

Fay contestó con la sonrisa en la boca y un gesto risueño y alegre en su adorable semblante. Igual que siempre. ¿Qué le importaba a nadie su estado de ánimo?

Finalmente quedó sola en la acera, dudando entre tomar un taxi o ir en busca del *bus*.

Las dos cosas eran buenas, según sus propios pensamientos.

Antes se iba en el Metro; pero ahora, Fay odiaba aquel medio de comunicación.

Optó por el *bus* y empezó a andar hacia él con pasos menudos y airosos, contoneando sus maravillosas caderas, y entonces fue cuando le vio.

Parado a menos de quince yardas de ella, junto a uno de los lujosos portales de la calle, donde posiblemente había estado oculto hasta ese momento.

A pesar de que era la primera vez que le veía con sombrero, Fay le reconoció al segundo, y su corazón se lanzó a un desenfrenado galope mientras que, por contraste, su rostro se quedaba sin sangre.

Vaciló unos segundos entre continuar adelante, sabiendo que forzosamente tenía que pasar junto a él, o volver la espalda y correr, correr... pero ¿hacia dónde?

Consciente ya, pero temblando, Fay continuó avanzando con el corazón en un puño.

Contuvo la respiración cuando pasó por su lado, e involuntariamente sus ojos expresaron el miedo que tenía cuando notó fijos en ella aquellos otros fríos y mortales.

Pero el desconocido no se movió. No hizo ademán alguno de seguirla, si bien sus ojos no se apartaron de ella hasta que la vio doblar la próxima esquina.

Entonces, su inmovilidad de piedra se rompió de pronto y empezó a avanzar hacia el largo y potente sedán descapotable aparcado diez yardas más allá.

Fay no supo nada de esto porque no se atrevió a volver la cara hacia atrás, si bien lo hizo tan pronto como llegó a la parada del *bus*.

Entonces sí miró.

Suspiró con alivio al no ver a nadie detrás de ella y, pacientemente, aunque interiormente nerviosa y tan asustada como en un principio, Fay esperó la aparición del autobús.

Subió a él, pagó el billete y se sentó, no sin antes mirar en torno. Salvo raras excepciones, eran las mismas personas de todas las noches.

Fay suspiró de nuevo y su altivo y majestuoso seno se dilató bajo la tela de la sencilla blusa que lo cubría.

Cerró los ojos.

Ya no los abrió hasta que el autobús se detuvo en Lincoln Way, una cuadra antes de llegar al edificio donde tenía su apartamento.

Fay descendió del *bus* y rápidamente caminó hacia su casa. Pero antes de llegar a ella se detuvo para mirar hacia atrás.

Nadie. Aquella noche no la seguía nadie.

Cierto que había un coche que se estaba deteniendo en la acera opuesta, pero esto a ella no le decía nada.

Junto a la puerta del edificio, Fay extrajo del bolso la pequeña llave y la introdujo en la cerradura.

Unos instantes después caminaba decidida hacia el ascensor, con el rostro blanco y los ojos dilatados por el espanto.

Ahora que se encontraba allí, toda la tensión nerviosa que la había sostenido durante el día, toda la que la estaba sosteniendo desde el día en que dispararon contra ella, se derrumbó en menos de un segundo, lo mismo que se había derrumbado en los días sucesivos al atentado, y cada vez que por la noche entraba en la casa.

Fay no miró atrás, pero empezó a correr hacia el ascensor cuando apenas si le faltaban cuatro o cinco yardas para llegar a él, sin ver al hombre de cabello gris que, parado en el centro de la puerta, en el exterior, intentaba taladrar con sus ojos grises las tenues tinieblas que envolvían el portal.

Fay no llegó al ascensor.

Antes, y cuando ya ponía las manos sobre la puerta corredera del mismo, unas manos como garras de acero la sujetaron por la garganta.

Se debatió como una fiera mientras un ronco alarido surgía de su garganta.

Detrás de ella el hombre maldijo, secamente y con voz ronca, y apretó más, con lo que el alarido se cortó apenas empezado.

Y también, detrás de los dos, una ganzúa chirrió dentro de la cerradura de la puerta de la calle.

El hombre se tensó detrás de la seminconsciente Fay, y sus manos dejaron de apretar. Después la soltó y corrió hacia la escalera mientras llevaba la mano a la funda de la axila.

Subió por ella como una exhalación y sus zapatos, con suela de goma, no hicieron el menor ruido.

Unos segundos más tarde se había perdido en el interior de uno

de los apartamentos, mientras Fay, recostada contra el marco de la puerta del ascensor, intentaba recobrar la respiración.

Fue cuestión de segundos. Luego, tambaleándose, sin mirar a parte alguna, Fay corrió hacia la puerta, aterrorizada por completo, ciega ante todo lo que no fuera salir de allí inmediatamente.

Por eso, en el primer momento no vio al hombre del sombrero, rostro duro y ojos grises y fríos, que en aquel momento acababa de entrar llevando una pesada automática en la mano derecha.

Y no se dio cuenta de ello hasta que tropezó contra su pecho de atleta.

Fay abrió mucho los ojos. Vio aquel rostro y aquellos ojos inquisitivos que la miraban con impiedad, carentes de toda expresión; la pistola, y entonces un grito lacerante le subió a la garganta y escapó por su boca con una fuerza aterradora.

Grito que se cortó en su nota más aguda, cuando perdió el conocimiento.

Sus hermosas piernas se doblaron y el hombre sólo tuvo el tiempo justo de alargar los brazos hacia ella, y prenderla por la cintura para que no cayera al suelo.

Después, sujetándola por la cintura, clavó los ojos en la escalera. Durante unos segundos permaneció escuchando, con una dura mueca en los delgados y crueles labios, y acto seguido enfundó la pesada automática, mientras continuaba sosteniendo a Fay, ahora con una sola mano.

Lo mismo que si fuera una pluma.

Hecho esto la levantó y, con ella apretada contra su pecho, giró en redondo y caminó hacia la puerta de la calle. No se entretuvo en cerrarla, pero sí miró a ambos lados de la misma, una vez se encontró en la acera.

Nadie, a pesar de lo temprano de la hora.

Nadie.

Ni un guardia, ni un peatón en aquellos momentos. Aquello se llamaba tener suerte.

Avanzó rápidamente hacia el sedán. Con una mano abrió la portezuela e introdujo a Fay. Después pasó él, pulsó uno de los botones del *tablier* y la capota subió automáticamente. Acto seguido dio el encendido y embrogó.

CAPÍTULO II

La carretera de San Mateo se extendía hacia atrás sin que Fay hubiera recobrado el conocimiento.

Sentado frente al volante, el hombre de los ojos grises la miraba de vez en cuando, de una forma fugaz pero inquieta.

A su derecha se veían ya los picos de los acantilados y el hombre suspiró con alivio sabiendo que media milla más allá estaba el camino privado que desde la carretera conducía a su quinta de recreo.

Su primera intención no había sido llevar allí a la muchacha, pero Fay continuaba sin conocimiento, por lo que optó por aquello, en vez de continuar dando vueltas y más vueltas en torno a San Francisco.

La media milla pasó en menos de un minuto y el hombre de los ojos grises torció el volante hacia la derecha tan pronto como el ancho camino apareció ante su vista.

Tres minutos más tarde, los faros del coche alumbraban la enorme y silenciosa mansión, de dos plantas, rodeada por un alto muro erizado de enormes púas de hierro.

El hombre detuvo el sedán frente a una enorme puerta de hierro, lanzó una mirada al desmayado cuerpo de Fay, después descendió del coche y abrió la puerta.

Hecho esto regresó al coche, embragó, pasó la puerta, lo volvió a detener y luego efectuó la misma operación con la puerta, sólo que a la inversa.

De nuevo frente al volante, ya no detuvo el coche hasta los escalones que daban acceso a la puerta de la quinta.

Siempre dejando a Fay dentro del coche, abrió la puerta de la quinta, encendió las luces, regresó a por ella, y, llevándola en los brazos, la depositó suavemente sobre el enorme y cómodo diván del *living*.

Pero no empezó a cuidar a Fay hasta que no hubo cerrado la puerta de la calle.

Fay abrió los ojos quince minutos más tarde.

Miró en torno, estupefacta, se sentó en el sofá y le vio.

Durante unos segundos permaneció con los ojos fijos en él, completamente inmóvil, y luego se puso en pie de un salto. Con un ronco grito de espanto, Fay corrió hacia la puerta.

El hombre de los ojos grises no hizo nada por impedirlo. Simplemente dijo:

—No se asuste, *miss* Colman. Aquí, en mi casa, nadie va a hacerle daño.

No hizo caso. Con un revuelo de falda corta, blancos encajes y maravillosas piernas, Fay llegó hasta la puerta del *living*. Intentó abrirla, pero no pudo.

Entonces, con el seno agitado, la respiración entrecortada y el rostro tan pálido como el de un cadáver, se volvió para mirarle, pegando la espalda contra la puerta.

La mueca de su hermosa boca estaba llena de amargura y su bello rostro expresaba el más abyecto terror.

Después, a punto de desmayarse, murmuró:

—¿Por qué... quiere... ma... tarme? ¿Qué le he hecho yo?

Los ojos grises del hombre chispearon mientras sus delgados labios se entreabrían en una mueca que más bien quería ser una sonrisa.

—Nadie va a hacerle daño, *miss* Colman. Vamos, venga aquí y siéntese. Quiero hablar con usted.

Ella vaciló.

De nuevo miró en torno. Estaba temblando cuando fijó los ojos en la abierta ventana en cuyo fondo, en medio del negror de la noche que había fuera, se recortaban las copas de algunos árboles.

Le encaró de nuevo, y lo mismo que antes, él vio el terror en sus ojos. Vio también cómo su mano temblaba cuando Fay extendió el brazo para señalarle con el dedo.

—Usted me ha seguido. Lleva días haciéndolo. Y quiere... quiere matarme. Lo sé. Lleva una pistola para... e... llo. Yo... yo la he visto. ¡Por favor! ¡Abra esa puerta!

Se volvió de espaldas y durante unos minutos Fay forcejeó con ella, hasta que, repentinamente, se dejó caer al suelo. Se cubrió el

rostro con las manos y estalló en un violento y ahogado sollozo, que la estremeció de pies a cabeza.

El hombre de los ojos grises no se movió de momento, pero luego se puso en pie y con rapidez cruzó la estancia. Fue al mueblebar y preparó dos *whiskies* con hielo.

Hecho esto los llevó a la mesita ratona que había junto al diván y, después de depositarlos sobre la misma, se acercó a Fay, que se estremeció al oír sus pasos.

Pero no se movió. Hecha un ovillo en el suelo, sin dejar de llorar, la muchacha esperó su destino, sabiendo ya que nada ni nadie, según ella misma, iba a salvarla.

De pronto notó sobre sus hombros aquellas poderosas manos que tanto se parecían a las que habían intentado ahogarla aquella misma noche, y empezó a temblar convulsivamente.

Después oyó aquella voz, educada en extremo, acariciante, susurrando junto a su oído:

—¿Se sentiría usted más tranquila si tuviera en su poder mi pistola, *miss* Colman?

Temblando, pero extrañada en extremo, Fay levantó los ojos hacia los de él. Por unos segundos sostuvo aquella taladrante mirada, pero no tuvo más remedio que apartarlos inmediatamente, incapaz de resistir por más tiempo el brillo que había en ellos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó en un tenue murmullo.

Por toda respuesta, él extrajo la pesada «*Parabellum*» y en menos de un segundo, Fay se vio con ella en la mano.

Fue una finta. Fue más que esto, el deseo de jugar con la muerte. El hombre de los ojos grises estaba acostumbrado a jugar con ella, pero no de aquel modo, aunque sabía lo que iba a ocurrir a continuación, si aquella muchacha sabía para qué servía un arma de fuego.

Lo sabía.

Fay lo demostró en el segundo siguiente. Saltó de costado rodando por el alfombrado suelo. Acto seguido quedó de rodillas y tiró hacia atrás de la corredera del arma. Después su dedo acarició el gatillo mientras encaraba el arma.

—Abra esa puerta —dijo con voz fosca, mientras sus ojos cambiaban de expresión—. Vamos, ¡abra o disparo!

Y se asombró al ver la sonrisa de aquella boca, de labios finos y

cruelles, y más que en ésta en sí, en el cambio tan radical que experimentó aquel rostro tan duro como el granito.

Después fueron sus palabras, frías como sus ojos, pero tranquilas. Lo mismo que si estuviera hablando en una cafetería, con unos amigos, y no frente a una automática empuñada, con mano no muy firme, por una mujer enormemente asustada.

—Puede continuar apuntándome si eso la tranquiliza, *miss* Colman —dijo—. Pero antes de que se vaya desearía poder hablar un poco con usted. Por eso la he traído aquí.

—¿Cómo sabe mi nombre? ¿Quién es usted?

Se iba tranquilizando rápidamente. La automática que empuñaba contribuía a ello. Esto lo sabía el hombre de los ojos grises, con la misma certeza que sabía que estaba jugando con fuego, y que por el momento no debía moverse en modo alguno, si no quería verse pasaportado para el infierno de una manera tajante y sin paliativos.

No lo hizo, y, sin moverse, preguntó a su vez:

—¿Puedo ponerme en pie?

Ella arqueó levemente las cejas.

—Puede, pero no sin que antes lo haga yo.

El hombre de los ojos grises lo hizo así. Permaneció inmóvil frente a ella, que se puso en pie para, acto seguido, retroceder un par de pasos.

—Vamos, desembuche. ¿Qué quiere de mí?

El hombre rió ahora, al parecer bastante divertido.

—Simplemente advertirle que está usted cometiendo una enorme locura. Piénselo y verá cómo tengo razón. Si hubiera querido matarla he tenido mil y una ocasiones para hacerlo antes de traerla a mi propio domicilio. ¿Por qué no es juiciosa y deja que nos sentemos para hablar tranquilamente?

—De acuerdo, míster desconocido. Voy a ser juiciosa. Pero sólo un poco. Avance hacia la mesa y siéntese es uno de esos sillones.

El hombre giró en redondo, empezando a obedecer el mandato, mientras decía:

—Me llamo Richard Stiler, *miss* Colman.

Acabó de dar su nombre justo en el momento en que se dejaba caer sobre uno de los sillones. Después señaló los dos vasos de *whisky*, y añadió:

—Ande, siéntese y beba un poco. Le hace falta.

Ella no replicó, y, sin dejar de encañonarle, fue hasta el diván. Sin dejar tampoco de mirarle, preguntó de nuevo:

—¿Quién es usted?

—Ya se lo he dicho. Richard Stiler.

—Eso no me dice nada.

—Lo sé. Pero tendrá que conformarse por el momento, *miss* Colman. Siéntese y deje de apuntarme, muchacha. Comprenda que es absurdo mantener esta actitud. Está usted en mi casa.

—Yo no le pedí que me trajera, *míster* Stiler.

—No, cierto que no. Pero preferí hacerlo yo a no dejarla entre las zarpas del hombre que intentó ahogarla.

Por unos segundos la automática tembló en aquella mano que ahora se mantenía firme.

Después, y de una manera repentina, Fay dejó caer la automática al suelo y se sentó en el diván.

Se pasó las manos por la frente, que le ardía, a pesar de la palidez de su piel, y murmuró:

—Creo... creo que me he comportado con usted como una tonta. Pero tengo tanto miedo... ¡Estoy tan asustada, *míster* Stiler...!

Él la miró con simpatía, y por primera vez ella pudo resistir el impacto de la mirada de aquellos ojos grises.

Por tanto, ahora mirándose en ellos, mientras cabalgaba una de sus hermosas piernas sobre la otra, Fay preguntó una vez más:

—¿Por qué me ha seguido estos días? Me ha hecho pasar aún más miedo del que tenía, *míster* Stiler.

Él sonrió de nuevo, y su sonrisa, lo mismo que siempre, restó dureza a su semblante. Después replicó:

—¿Se ha visto alguna vez delante de un espejo de cuerpo entero, *miss* Colman? Si es así, ya sabe por qué la seguía. Por otra parte, no hay ley que impida a un hombre seguir a la mujer que le gusta.

Sin poderlo evitar, Fay sonrió levemente, mientras un ligero tinte rosado cubría sus mejillas.

—¿Va a hacerme ahora el amor, *míster* Stiler?

—Confieso que me gustaría, pero no puedo, por el momento.

Fay tardó unos segundos en responder, y no precisamente para indagar los motivos que tenía el hombre para no hacerle el amor precisamente ahora, sino para formular una pregunta, que era la

misma que había hecho ya en dos ocasiones diferentes:

—Pero ¿quién es usted?

—Por ahora, *miss* Colman, tendrá que conformarse con lo que sabe de mí —replicó él.

—Que es bien poco, míster Stiler.

—Sí, pero no la he traído aquí para hablar de mí.

—¿Entonces...?

—Deseo hablar de usted, *miss* Colman. De sus amistades, de sus primos; en fin, de todo lo que la atañe de lejos o de cerca.

Ella se puso en pie bruscamente.

—Usted —dijo señalándole con el dedo— es un policía.

Stiler denegó con la cabeza.

—No, muchacha —replicó—. Nada de policías por el momento.

CAPÍTULO III

Más de un largo minuto estuvieron contemplándose en silencio, hasta que, de nuevo, Fay se dejó caer sobre el diván.

Lo mismo que la vez anterior, con ademán maquinal se pasó la mano por el rostro y después le miró.

Sin saber por qué, sin que obedeciera su voluntad, Fay se sentía atraída por él, quizá porque necesitaba ayuda de quien fuera. Tal vez porque le hacía falta una mano amiga que la supiera orientar en aquel mundo de horror al que repentinamente se había asomado sin saber cómo ni por qué.

Alargó la mano hacia el vaso de *whisky* y bebió un poco sin que Stiler tuviera que instarla de nuevo. Cabalgó una pierna sobre la otra sin darse cuenta de que la falda y los blancos encajes quedaban encima de medio muslo.

Susurró sin ver tampoco el brillo de aquellos ojos grises:

—¿Qué quiere saber de mis primos?

También, sin saber por qué, Fay se dijo que él lo único que deseaba saber era aquello, y no quiénes pudieran ser sus amistades.

Por su parte, Stiler nada dijo que la hiciera comprender que se había equivocado.

Preguntó, por lo que ella había dicho:

—Son cuatro, ¿verdad?

—Sí, cuatro. Jimmy. Lyman Colman y sus hermanos Cora, Liz y Joe. Cora es rubia, muy hermosa, una de las mujeres más hermosas que he visto. Liz también lo es, aunque no tanto, pero morena, lo mismo que su hermano Joe, ya que primo Jim también es rubio.

Dos horas más tarde, una asombrada Fay miraba a un satisfecho Stiler, después de que éste le hubiera sacado del cuerpo todo cuanto ella sabía en aquel instante.

El pareció leer los pensamientos de ella, ya que preguntó:

—¿Sorprendida, *miss* Colman?

Fay vaciló unos segundos y luego replicó:

—Sí, mucho. Me ha sacado usted cosas que nunca creí decir.

Stiler, el hombre de los ojos grises y fríos, sonrió.

—Sí, tal vez sea verdad eso que usted dice, *miss* Colman.

Consultó el reloj mientras esperaba la respuesta de ella, que no llegó. Fue simplemente una pregunta:

—¿Qué hora tiene usted?

Stiler la miró a los ojos antes de responder:

—Las once. Ande, bébase eso que la acompañaré a su casa.

El rostro de Fay se demudó en el acto, y luego, obedeciendo a un arranque incontenible, se puso en pie y corrió hacia él.

Stiler hizo lo propio con el tiempo justo para recibirla en sus brazos.

Los cerró en torno a su fina y delicada cintura y la estrechó contra su pecho mientras ella susurraba con el rostro escondido:

—¡No quiero! ¡No deseo ir, míster Stiler! Por favor, lléveme a otro sitio. A un hotel, por ejemplo.

Luego, como si se diera cuenta de que, por primera vez, estaba abrazada a un hombre, Fay se separó de él con alguna violencia. El rostro de Stiler no cambió por eso. Sin dejar de mirarla, dijo:

—En el piso superior hay camas de sobra, *miss* Colman. Si quiere puede pasar la noche aquí.

Ella agrandó los ojos y su rostro se convirtió en una llama. Por unos segundos luchó consigo misma, con su pudor, con un sinfín de encontrados pensamientos, y al fin dijo:

—Acompáñeme, ¿quiere?

Stiler no respondió, pero hizo una seña mientras se encaminaba hacia la cerrada puerta del *living*, y ella fue detrás, llegando a su lado cuando él empezaba a abrirla después de sacar un manojito de llaves del bolsillo.

Luego, en el más completo silencio, el uno al lado del otro, empezaron a subir la escalera de mármol que conducía al piso superior.

Ya frente a una de las habitaciones, ambos se miraron fijamente. Y fue Fay la que rompió el silencio que les embargaba.

—Aunque no sé qué es lo que busca, míster Stiler, gracias por su ayuda. No olvidaré esto mientras viva.

La respuesta de él la dejó suspensa durante unos minutos:

—Ya sé que sabe manejar una automática, *miss* Colman. Por tanto, voy a preguntarle si quiere una. Si es así, mañana, cuando se levante, le entregaré una.

Fay replicó al cabo de aquellos minutos que a él se le antojaron largos en demasía:

—No sé, *míster* Stiler. Francamente, no sé si en un caso dado me atrevería a disparar contra una persona.

—Discutiremos eso mañana, preciosa —replicó Stiler, piropeándola por primera vez.

Se acercó a la puerta sin que ella replicara y la abrió. Después giró hacia ella hasta enfrentarla.

—Creo que dormirá bien, *miss* Colman. Pero si no es así, si se siente temerosa por algo, le ruego que me llame. Yo dormiré frente a esa puerta.

Luego de unos minutos de silencio, durante los cuales ella no dijo nada, Stiler tomó de nuevo la palabra y, ante el creciente asombro de ella, esbozó un plan.

Con los ojos brillantes, Fay le escuchó atentamente sin interrumpirle, y cuando acabó de hablar adujo fríamente:

—Sospeché algo de eso, *míster* Stiler, y estoy por completo de acuerdo con usted. Ahora, lo que hace falta es que salga bien.

Mirándole a los ojos se le acercó. Acto seguido se empinó sobre las punteras de sus altos zapatos de tacón y pidió en un susurro, con el rostro encendido como una llama:

—Bésame entonces, Richard.

Él lo hizo, hasta que unos minutos después ambos, faltos de aliento, se separaron para quedarse mirando, el uno al otro, hasta que Fay, cada vez más encendida, dio media vuelta y penetró en la habitación cerrando la puerta.

Pero no corrió el cerrojo que había, y Stiler se lo agradeció, sabiendo lo que eso significaba para él, y después del beso que acababa de recibir.

Por espacio de unos cuantos minutos permaneció completamente inmóvil con los ojos fijos en aquella puerta, y luego dio media vuelta y se encaminó a su dormitorio.

Se tendió sobre la cama completamente vestido mientras su cabeza era un caos.

Finalmente se pudo quedar dormido, pero ya cerca de las cinco

de la madrugada.

Cuando se despertó no fue por su propia voluntad, sino porque Fay estaba aporreando la puerta del dormitorio.

Stiler se lanzó de la cama al suelo y, mientras se acercaba para abrir, se dio cuenta del olor a café; un aroma penetrante que venía de cualquier parte de la casa.

Supuso, acertadamente, que Fay se había levantado la primera para hacer el desayuno y abrió la puerta.

A pesar de que ambos lo esperaban, los dos parecieron sorprenderse mutuamente ante la vista del otro.

Finalmente, Fay fue la que sonrió, y la que empezó a hablar tuteándole como lo había hecho la noche anterior:

—Vamos, gandul —dijo—. El desayuno está esperando hace rato.

—Aún tendrás que esperar un poco, muchacha —replicó él, dando media vuelta para entrar inmediatamente en su habitación.

Fay retrocedió y, media hora más tarde, Stiler la encontró sentada frente a la mesita del comedor, con las manos apoyadas en el voluntarioso mentón y la mirada perdida en el mantel.

Desde el umbral de la puerta la estuvo contemplando durante unos minutos.

Le gustaba la mujer, como no le había gustado ninguna. Pero a pesar de ello, Stiler se hacía multitud de preguntas con respecto a ella. ¿Era una buena actriz, o simplemente estaba diciendo la verdad?

Cierto, que él mismo había visto cómo habían intentado asesinarla casi delante de sus propias barbas, y no obstante...

Sin saber por qué, Stiler no se fiaba de ella. Algo no cuadraba en todo aquello.

¿Un complot? Sí, pudiera ser. Pero ¿de qué y por qué?

Esta pregunta, lo mismo que las demás, quedó en el aire. Por tanto, incapaz de responderse a ellas, Stiler abandonó el umbral de la puerta y avanzó hacia la mesa.

Fay no se movió, pero levantó los ojos hacia él, mirándole y sin decir una sola palabra.

Stiler se sentó frente a ella y fue en aquel momento cuando la inmovilidad de Fay se rompió. Luego, empezó a hablar:

—Entonces, ¿va a ver a Jimmy, Richard?

Stiler se dio cuenta de que ahora no le tuteaba, pero él continuó haciéndolo como si tal cosa:

—Sí, es necesario que le hable. Tú, entretanto, puedes quedarte aquí.

—Me despedirán si continúo faltando al trabajo.

—Nada de eso, monina —replicó Stiler—. Hoy es viernes; por tanto, puedes permanecer aquí hasta el lunes por la mañana. Ten en cuenta que sólo faltas un día a tu trabajo.

—¿Y piensa descubrirlo todo en tan pocas horas?

—Sí, si ellos vienen aquí.

—Vendrán —afirmó ella.

—¿Por qué lo crees así?

Fay volvió a tutearle cuando replicó:

—Tú sospechas de ellos, ¿no? Por tanto, estoy segura de que te las compondrás para que acepten tu invitación.

Stiler no replicó de momento. Pero cuando lo hizo, ella vio que radicalmente había cambiado de plan.

—Escucha, Fay —dijo—. Lo mejor es que les hables tú.

—¿Yo?

—Claro. Puedes decirle que estás invitada a pasar el fin de semana aquí, con tu prometido. Que haces extensiva a ellos esta invitación, ya que dada tu juventud no deseas hacerlo sola. Ellos vendrán.

—¿Por qué?

—Son tus familiares y lo harán. Por otra parte, si ese asesino está entre ellos, él será el primero en intentar convencerles.

Fay formuló la misma pregunta anterior mirándole con los ojos llenos de terror.

—¿Por qué?

—Porque de ese modo intentará por todos los medios cargar las culpas a otro. Tiene tres días para hacerlo y lo hará.

Pero lo que se guardó muy bien de decirle es que si todo aquello era verdad, el asesino intentaría matarla de nuevo.

Entretanto, Fay le miraba fijamente, hasta que en forma repentina soltó la pregunta que le quemaba la boca desde que empezó a asimilar lentamente todos sus razonamientos:

—Al parecer, sabes mucho de los métodos de los criminales, ¿no?

Stiler la miró sonriente.

—Un poco. Sólo un poco, monina —replicó sin perder la sonrisa.

—Pero ¿quieres decirme de una vez quién eres tú? Policía, ¿no?

Stiler denegó con la cabeza.

—Nada de policía, querida. Un simple aficionado. Si quieres, un simple curioso. Un entremetido, que se ha metido en todo esto sin querer y por seguir a una mujer que le gusta como ninguna otra.

—¿Esperas que te crea, Richard?

—No, francamente no. Sé que crees que estoy mintiendo.

—¿Y no es así?

Stiler sonrió de nuevo mientras sus grises ojos se mostraban más fríos que nunca.

—Sólo en parte, ricura. Sólo en parte —repuso—. Comprende que me está vedado decir la verdad en todo esto.

Fay se puso en pie.

—Creo —dijo pensativamente— que voy a tener que ir de nuevo a ver a la policía.

—¿Sobre el atentado de anoche, o simplemente por mí?

Fay entrecerró los ojos y él vio cómo su rostro palidecía de nuevo bajo la leve capa de maquillaje que llevaba.

Después replicó lentamente, diciendo la verdad de lo que pensaba:

—Por ambas cosas, Richard Stiler.

—De acuerdo, preciosa. ¿Quieres decirme ahora qué vas a adelantar con ello?

—No lo sé. Pero también tendrán que escucharme. No... no deseo morir, y mucho menos sin saber por qué. ¿Qué interés puede tener nadie en asesinar a una muchacha como yo? No soy rica, vivo de mi trabajo, no he cobrado ni estoy por cobrar una herencia. ¿Por qué entonces, Richard? Por otra parte, estás tú. Me has seguido y sé que los verdaderos motivos para hacerlo te los has callado. Tampoco quieres decirme quién eres. Policía, según tus propias palabras, no. Entonces, ¿qué interés puedes tener en mí? ¿Enamorado? ¡Bah! Eso lo creo aún menos. ¿Cuál es tu juego? Cierto que tu sola presencia me ha infundido una inexplicable confianza hasta el punto de pasar una noche bajo tu mismo techo sin pensar en las consecuencias que para mí pueda tener si esto llega a saberse fuera de aquí. Pero, a pesar de ello, no creas que

dejo de pensar. De pensar, y de tener miedo. Un miedo horrible, Richard. ¿Por qué no me dices la verdad de todo?

Fay le miró fijamente, de nuevo con los ojos llenos de angustia. Pero él se limitó a replicar:

—Antes de irte, Fay... Bueno, muchacha, simplemente deseo decirte que te cuides y que procures volver esta tarde, trayendo a tus primos aquí.

—Puede que no quieran venir. Están en su derecho al negarse, ¿no? Por otra parte, yo no creo que ninguno de ellos sea el asesino. ¿Por qué van a quererme mal? ¿Qué ganan con mi muerte?

—Si supiéramos eso, Fay, tendríamos la solución y el asesino.

Al terminar de hablar, Stiler se puso en pie y ella le imitó. Sin querer mirarla mucho, recordando el beso, caminó hacia la puerta de la calle llevándola detrás.

Después, sin pronunciar palabra, ambos subieron al sedán y emprendieron el camino hacia San Francisco.

Una vez en Great Highway, ella rompió el silencio:

—Puedes dejarme aquí, Richard.

Stiler torció el volante y acercó el sedán al bordillo de la acera. Lo detuvo y se volvió para mirarla, mientras Fay alargaba la mano para abrir la portezuela.

—Telefona si no aceptan mi invitación, pequeña.

Ella ladeó su linda cabecita para mirarle. Sonrió levemente y dijo:

—Lo haré así, Richard. Y, gracias por todo.

Él no replicó. Fay descendió del sedán y caminó por la acera contoneando airosamente las caderas.

Cuando la perdió de vista, Stiler, ahora con el rostro más duro que nunca, embragó y poco después se perdía entre el tránsito, mientras ella tomaba un taxi.

—Al primer Precinto de Policía —dijo.

Media hora más tarde el coche se detenía frente al mismo. Fay pagó la carrera y descendió. Empezó a cruzar la acera en dirección a la puerta gris que tenía frente a ella.

Era pleno día. Un día lleno de sol. Un día esplendoroso, pero Fay no se daba cuenta de nada. Sumida en un sinfín de pensamientos, cuya idea fija era la de referir a la policía todo lo que le había ocurrido la noche anterior a partir del momento en que abandonó

las oficinas donde trabajaba.

Lo sentía por Richard Stiler.

¿Quién era? ¿Por qué no le había dicho la verdad?

¿Por qué la seguía continuamente? Y, sobre todo, ¿por qué se había franqueado con él contándole todos los pormenores de la vida de sus primos y parte de su vida propia?

Esto la desconcertaba.

Y en su desconcierto, mientras se formulaba preguntas y más preguntas, tampoco se dio cuenta del coche que se detuvo detrás de ella, justo donde antes se había detenido el taxi que la trajo allí, ni del hombre que bajó del mismo, y mucho menos del otro, un «Cadillac» con matrícula de Chicago, que repentinamente apareció procedente de la esquina inmediata, «Cadillac» que la había seguido durante todo el trayecto hasta allí mismo.

No vio tampoco la metralleta que surgió por una de sus ventanillas ni advirtió cómo, de una manera repentina, el «Cadillac» aceleraba hasta el máximo las revoluciones de su potente motor.

Pero el hombre que iba detrás sí lo vio.

No dijo una palabra. No pronunció una sola sílaba de advertencia, pero actuó rápidamente.

Saltó hacia la muchacha en el momento justo y preciso.

Fay sólo tuvo tiempo de lanzar un grito cuando unos potentes brazos se cerraron sobre sus piernas. Luego rodó por el suelo mientras el tableteo de la metralleta se dejaba oír.

Fue cuestión de tres o cuatro segundos, y luego todo acabó cuando el «Cadillac» dobló por la próxima esquina a toda velocidad, tomando la curva sobre dos ruedas.

Fay sintió encima de ella el peso del hombre y cerró los ojos a punto de desmayarse. Cuando los abrió, segundos después, éste ya no estaba a su lado. En su lugar, había tres o cuatro policías y un montón de curiosos.

Uno de ellos, de uniforme, preguntó:

—¿Qué le ha sucedido, *miss*? ¿Está usted herida? Esos disparos fueron contra usted, ¿verdad?

Fay, con el rostro desencajado, les enfrentó. Después, balbució:

—Sí, agente. Han intentado matarme como... otras veces... Yo... Deseo hablar con el teniente Falcom.

Miró en torno a medida que hablaba, preguntándose quién había

sido su salvador y por qué había huido. Pero nada de esto dijo a la policía, tal vez porque el recuerdo de Richard Stiler le golpeó el cerebro.

Como en sueños, mientras pensaba en si habría sido él o no, oyó la respuesta de uno de los agentes:

—El teniente Falcom está dentro, *miss*...

—Quiero verle. Me llamo Fay Colman, agente.

—De acuerdo; venga con nosotros.

Se la llevó mientras los otros empezaban a despejar la acera y los alrededores de curiosos.

Ted Falcom, teniente del Departamento de Homicidios de San Francisco, estaba sentado detrás de la mesa, leyendo una novela, y levantó los ojos de la página que leía cuando uno de los agentes entró anunciándole la visita de Fay.

Frunció el ceño y durante unos segundos permaneció en silencio. Después preguntó:

—¿Cogieron al tipo?

—No, teniente. Escapó antes de que nos diéramos cuenta. Llevaba un «Cadillac» último modelo, con matrícula de Chicago. Supongo que sería falsa.

—Averigüe eso lo más rápidamente posible, y diga a esa mujer que puede pasar.

El agente salió y unos segundos después Fay hizo acto de presencia.

CAPÍTULO IV

—Siéntese, *miss* Colman —fue lo primero que dijo, apenas la vio en el umbral de la puerta.

Después, y, mientras ella lo hacía cabalgando una de sus hermosas piernas sobre la otra, Falcom miró atentamente aquel bellísimo rostro, ahora demudado y pálido por el terror.

—¿Cómo ocurrió?

—No lo sé. Venía a verle a usted para suplicarle una vez más que me hiciera caso. Anoche alguien atentó de nuevo contra mi vida y...

—Explique eso, *miss* Colman —la atajó secamente.

—A eso voy, teniente —replicó, para a continuación relatarle todo lo que le había ocurrido hasta el momento presente.

Después añadió con amarga ironía:

—Creo, teniente, que ahora no me tomará por loca, ¿verdad?

Falcom tragó saliva y replicó:

—Nadie la toma a usted por loca, *miss* Colman. Lo que ocurrió la primera vez es que sus afirmaciones no tenían consistencia alguna. Nadie vio esos atentados a los que usted aludía. Ahora ya es otra cosa.

Fay abrió la boca para contestar, pero el teniente Falcom la atajó con un gesto. Después preguntó:

—Vamos a ver, *miss* Colman, ¿no sospecha usted de nadie?

—No. De nadie.

Falcom quedó unos segundos pensativo y acto seguido soltó otra pregunta:

—Entonces, según usted, nadie se beneficia con su muerte, ¿no es así?

—Así es, teniente. Nadie. Y no creo que me hayan tomado por otra, ¿verdad?

Falcom frunció el ceño antes de contestar. Cuando lo hizo fue

para decir lo que ella menos esperaba.

—Tal vez, *miss* Colman. Comprenda que ésa puede ser una razón, ya que hasta ahora no tenemos otra.

Fay se estremeció y sus ojos negros y profundos acusaron de nuevo todo el terror que la consumía.

—No, no hay otra, teniente —murmuró—. Pero entretanto, ¿qué debo hacer?

—Por lo pronto irse a su casa, *miss* Colman. Mis hombres están tratando de localizar a ese «Cadillac». Si tenemos suerte, ya le avisaremos a usted. Por otra parte, debo decirle que a partir de este momento estará protegida por la policía.

Fay se puso en pie.

—¿Nada más, teniente?

—Nada más. Esto lo uniremos al expediente que ya en su día se incoó, y trataremos por todos los medios de descubrir a ese loco o esa loca. Pero comprenda, *miss* Colman, que, por el momento, es muy poco lo que podemos hacer.

Fay no replicó. Giró hacia la puerta, y Falcom estuvo a punto de silbar cuando fijó sus ojos en aquellas maravillosas piernas enfundadas en nylon.

Después ella se volvió desde la puerta.

—Gracias por todo, teniente —dijo con voz opaca—. Si me necesita estaré en mi casa.

Desapareció por la puerta sin que Falcom replicara.

Luego permaneció completamente inmóvil, con los ojos fijos en la puerta por dónde ella se marchó, y al cabo de unos cuantos minutos alargó la mano y pulsó uno de los botones que había sobre el tablero de la mesa.

Casi en el acto apareció uno de los agentes.

—¿Ha venido Stiler? —preguntó.

—Sí, teniente, está en el despacho contiguo —hizo una pausa y añadió, sonriendo—: Apuesto a que ha estado escuchando la conversación de esa pelirroja.

—No apuesto nada, Chick, porque perdería. Ande, dígame que venga.

El agente abandonó el despacho y Falcom quedó de nuevo solo, aunque ahora fue por poco tiempo, ya que, cosa de un minuto después, Stiler abrió la puerta sin llamar, entró, y también sin

esperar a que se lo dijeran, se dejó caer sobre uno de los sillones.

Hecho esto sacó la pitillera, extrajo un cigarrillo y después se la pasó al teniente, que encendió otro.

Acto seguido se miraron en silencio, hasta que Stiler lo rompió con el rostro tan tenso y duro como siempre.

—Desembucha, Ted. ¿Qué te contó la pelirroja?

A pesar de la dureza de sus ojos y su rostro, Stiler no pudo evitar que su pregunta final sonara un tanto burlona, y Falcom lo notó.

—Creí que estabas escuchando desde el otro despacho. ¿O no lo hiciste?

—Lo hice, Ted. Por eso ahora rectifico la pregunta. ¿Qué te pareció todo lo que te contó?

Falcom no replicó de momento. Pensaba.

Pensaba mirándole, sabiendo que frente a sí mismo tenía tal vez a uno de los hombres más listos que había conocido. El único entre todos los que sabían de aquellos atentados tan extraordinarios, que no pensó en que posiblemente la susodicha Fay Colman estaba loca, o en el mejor de los casos, volviéndose loca.

No, Stiler, Richard Stiler, fue el primero que dijo que aquello era verdad. Creyó en la declaración de la pelirroja de un modo raro e inexplicable.

Tanto es así que cuando le preguntaron por qué creía en la veracidad de las palabras de la Colman, replicó sin que ni un solo músculo de su rostro se alterara, que no lo sabía.

No lo sabía, y ellos habían tenido que conformarse con aquello.

Y ahora, aunque nada en él lo delataba, Falcom sabía que el hombre de los ojos grises estaba sumamente satisfecho.

Replicó ahora, y después de todos estos razonamientos, con la única verdad posible:

—Tú llevabas razón, Richard. A esa pelirroja la quieren quitar de en medio. Pero ¿por qué? ¿Qué razones hay para ello? Supongo que tú que eres una lumbrera, podrás decirme algo de esto, ¿no?

Stiler no sonrió, a pesar de comprender la broma.

—Pues, no, nada puedo decirte. Simplemente sé lo que ya te dije en una ocasión, que ella no mentía. Ahora te voy a decir algo más: que tampoco miente cuando dice que no sabe quién desea su muerte de ese modo.

—¿Nada más?

—Sí, hay algo más. Fay Colman, la noche pasada, la pasó en mi quinta de la carretera de San Mateo.

Y acto seguido, sin querer ver la mirada acusadora del teniente, Stiler refirió punto por punto todo lo ocurrido desde que Fay abandonara aquella tarde la oficina.

—Sabía todo eso, Richard. Es decir, todo no. *Miss* Colman no me habló de ti. ¿Por qué?

—Eso es algo que no puedo decirte. Pero tal vez obedezca al deseo que pueda tener para no querer mezclarme a mí con la policía.

Falcom le miró en tono socarrón.

—Al parecer, encuentras siempre una disculpa para ella, Richard.

—Sí, puede ser que lleves razón.

El tono socarrón de Falcom cambió por otro enteramente suspicaz.

—Oye —dijo—, ¿no me irás a decir que esa pelirroja te interesa?

—Pues sí, eso es lo que te digo, sabueso.

—¿Cómo mujer, o simplemente como uno de los casos de la policía?

—Como mujer, Ted.

—¡Cuernos! ¿Y las otras?

Stiler se encogió de hombros.

—¿Las demás? Pues, francamente, no lo sé, teniente.

Falcom se echó a reír y, después que ésta acabó, preguntó:

—Fuiste tú el que la derribaste en la puerta, ¿verdad?

—No sé de qué me estás hablando, Ted.

Falcom le miró atentamente hasta que comprendió que Stiler estaba diciendo la verdad. Entonces, añadió:

—Alguien, unos segundos antes de que el tipo de ese «Cadillac» disparara contra ella con un metralleta, la derribó al suelo. Después huyó, y ninguno de mis agentes pudo hacer nada para impedirlo. Cuando se dieron cuenta, el tipo había desaparecido.

—Matrícula falsa, ¿no, Ted? —preguntó Stiler, refiriéndose, naturalmente, al «Cadillac» que había escapado.

—No lo sabemos aún, Richard; aunque particularmente supongo que sí. Bueno, y hablando de otra cosa, si tú no fuiste el que salvó la vida a esa despampanante pelirroja, ¿puede saberse a qué has

venido aquí y tan a tiempo?

Stiler dibujó una de sus contadas sonrisas. Acto seguido, replicó:

—¡Oh! Perdona mi mala cabeza, Ted, pero lo cierto es que he venido a invitarte a pasar el fin de semana en mi quinta. Vendrás, ¿no?

Falcom le miró atentamente durante unos segundos y después declaró:

—No sé si podré, Richard.

Stiler arqueó una de sus cejas.

—¿Por qué? —preguntó.

—Han asesinado a un hombre. Le mataron anoche poco después de descender el avión que le traía de Nueva York. Al parecer, un hombre salió a recibirle. Ambos entraron en un coche. Un «Cadillac» cuya matrícula nadie se preocupó de anotar, ya que no había caso para ello. El resultado fue que el pasajero fue encontrado muerto sobre la una de la madrugada, entre unos macizos de Golden Gate Park. Uno de nuestros patrulleros le encontró.

»Fue registrado, y no se le notó a faltar nada. Un carnet de identidad, otro de conducir, y, por último, una licencia para uso de arma corta. Y ahora, ¡asómbrate, Richard! El hombre se llamaba Dick L. Burton. L. Burton es uno de los componentes de la firma L, y Larry Burton, de Nueva York, notarios.

Stiler quedó pensativo unos segundos. Le interesaba la noticia por lo del «Cadillac», pero nada más. Podía o no ser el mismo que utilizaron para atentar contra Fay Colman. Si era así, aquello abría un sinfín de posibilidades en torno a la muchacha.

Preguntó:

—¿Has hecho gestiones sobre el tal L. Burton, Ted?

—Sí. Envié un cable al Departamento de Homicidios, de Nueva York. Estoy esperando la contestación.

—Que te la pueden enviar a mi quinta, Ted. No te olvides esto.

Falcom le miró atentamente, y después de unos cuantos minutos, preguntó:

—¿Por qué ese interés, Richard?

Éste fumó en silencio unos cuantos segundos y después dijo:

—Espero que los primos de la pelirroja vengan también, Ted.

Falcom no pudo evitar el ponerse en pie de un salto.

—¡Cuernos, Richard! ¿Qué diablos estás tratando de hacer?

Sin que su rostro de halcón cambiara en lo más mínimo de expresión, Stiler le contó lo que había pensado.

La réplica de Falcom no se hizo esperar.

—¿Esperas que acudan?

—Confieso que no lo sé, Ted. Pero si no lo hacen, esto puede ser un motivo para que intervengas tú y de una forma oficial.

—¿Basándome en qué?

—Eso es algo que no sé, aunque sí puedes hacer una cosa si se niegan a venir.

—¿Qué?

—Obligarles tú en forma oficial.

Falcom frunció el ceño y dio la respuesta. Una respuesta que Stiler ya esperaba:

—Eso no puedo hacerlo, Richard. Compréndelo. Si lo hiciera, podrían denunciarme. Sería un abuso, una arbitrariedad.

—Lo sé, Ted. Pero algo tenemos que hacer, ¿no?

El ceño de Falcom se frunció aún más.

—Desde luego, sí —replicó después—. Pero ¿el qué?

—Confieso que no lo sé —se puso en pie haciendo una ligera pausa, al cabo de la cual inquirió—: ¿Cuento contigo?

—¿Para pasar el fin de semana en tu casa?

—Sí. Lo otro podemos estudiarlo sobre la marcha, ¿no?

—Sí, creo que sí —calló durante unos segundos y, acto seguido, agregó—: Suponte que no vienen, que no aceptan tu invitación, Richard; ¿qué harás entonces?

—Eso dependerá del asesino.

—¿A qué te refieres? Explícate, ¿quieres?

—Bueno, Ted, esto es una idea que se me acaba de ocurrir en este momento. Aunque los primos de Fay no vengán a pasar el fin de semana con nosotros, ella sí lo hará. Seremos tres los que estaremos en la quinta. El asesino creará que sólo estaré yo con ella, ¿comprendes? Si tanto interés tiene en quitarla de en medio, vendrá. Estoy seguro de que nos hará una visita. ¿Por qué no tenderle una trampa entre los dos?

Falcom pensó rápidamente.

—Confieso que la idea me gusta, Richard, si es que sale bien. Pero para ello, es menester no decirle nada a esa pelirroja.

—Habrá que decirle que vienes tú, Ted. De no ser así,

comprende que la muchacha no se prestará a dormir bajo mí mismo techo dos noches consecutivas.

Falcom asintió en silencio, y después agregó:

—Sí, habrá que decirle algo. En fin, si lo crees así, lo dejo en tus manos; aunque yo, como te digo, aún no sé si podré ir.

Ambos quedaron en silencio unos cuantos minutos, pensando los dos en lo mismo, hasta que por fin, Falcom lo rompió con una pregunta:

—¿Por qué sospechas que es alguno de sus primos, Richard?

—No sé... pero es fácil deducirlo. Tanto tú como yo hemos investigado la vida de Fay Colman hasta donde nos ha sido posible. Es una buena chica. Apenas si se le conocen amistades, aparte, claro está, del personal que trabaja con ella en la oficina. No se le conoce ningún hombre en su vida. ¿Quién puede desear su muerte entonces? Confiesa conmigo, Ted, que es un verdadero problema. ¿No es así? Por otra parte, Fay vive con sus primos. Unos primos lejanos. Éstos son los únicos que pueden tener algún motivo. Cierto que es una idea descabellada, pero, por el momento, no encuentro otra. Y ten por seguro una cosa, Ted; si el asesino es uno de ellos, éste aceptará mi invitación. No lo dudes. Es... ¿cómo te lo diría yo...?

—¿Sicología acaso, Richard?

—¿Y por qué no?

—Tal vez. Pero ten en cuenta que ellos...

—Ellos lo saben. Sabrán que mi invitación tiende precisamente a investigar sus vidas. Por eso vendrán. Parte como un desafío hacia mí, y parte también por miedo a que esto les haga ante mis ojos, e incluso ante los ojos de la policía, aún más sospechosos. Compréndelo, muchacho.

—Del modo que tú lo pones es sencillo, aunque yo no creo que lo sea tanto. Pero, en fin, si puedo, iré. Haré lo posible por ir. No me gusta que en San Francisco haya gente que desee asesinar.

—De acuerdo entonces, Ted. Ahora, antes de irme, ¿quieres enseñarme el expediente de esa pelirroja?

Unos segundos después, Stiler se encontraba enfrascado en la lectura de todo cuanto pudiera interesarle, que, por desgracia para él, fue bien poco, ya que todo cuanto había allí lo sabía por conducto de la propia Fay.

Luego, de nuevo en pie, encaró a Falcom que no le quitaba los ojos de encima.

—Necesito una licencia de armas, Ted —dijo.



Necesito una licencia de armas, Ted

Falcom abrió los ojos con sorpresa.

—¿No tienes una?

—Sí. Pero ésta no es para mí. Prometí a la pelirroja darle un arma, se me olvidó, y ahora, al recordarlo aquí, he pensado hacer las cosas con arreglo a la ley. ¿Me la das?

Falcom le miró dudando y después replicó:

—Si es bajo tu responsabilidad...

Stiler no dudó, aun sabiendo lo que el teniente Falcom quería decir con aquellas palabras.

—Sí, bajo mi responsabilidad, Ted.

—De acuerdo, siendo así...

Veinte minutos después, Stiler abandonaba el Precinto policíaco, llevando en el bolsillo una licencia de armas a favor de Fay Colman.

Una hermosa pelirroja que le gustaba como no le había gustado jamás mujer alguna.

CAPÍTULO V

Sabía que era una tontería, pero no podía apartar su mente de Fay Colman.

No debía hacerlo, pero sus ideas, sus pensamientos, eran todos para los extraños atentados que envolvían a la pelirroja, para su rostro lleno de terror, para la expresión de sus ojos...

¿Por qué?

A medida que avanzaba en dirección a su quinta, Stiler se decía que nunca, desde que estaba agregado a la Brigada de Homicidios de San Francisco, se le había presentado un caso tan absurdo como aquél.

Allí no había motivo aparente. Por otra parte, no creía que Fay Colman estuviera loca. No lo creyó en un principio, cuando todos la daban por tal, y ahora mucho menos. El mismo había presenciado uno de los atentados.

Después, alguien, dentro de un «Cadillac» con matrícula de Chicago, había disparado contra ella en la misma puerta del Precinto policíaco.

Al pensar en esto, Stiler se preguntó quién sería el hombre que tan valientemente se había arrojado contra ella, protegiéndola con su cuerpo y derribándola al suelo.

Un desconocido que después, sin esperar, se había dado a la fuga. ¿Por qué?

Absurdo.

Absurdo completamente, tanto lo uno como lo otro.

Recordó a los cuatro primos de ella. Dos hombres y dos mujeres. ¿Quién de los cuatro tenía motivos o resentimientos contra ella para matarla o para intentarlo?

Fay era una chica del montón, aunque al pensar en eso, Stiler no lo hacía pensando en su físico, que era fantástico, sino en su personalidad.

Era una simple mecanógrafa de una casa comercial. Una mujer que tenía que vivir de su trabajo. Esto era precisamente lo que no le entraba en la cabeza.

Otra bien distinta hubiera sido si se tratase de una rica heredera, cuyos familiares hubieran muerto dejando una cuantiosa fortuna a repartir entre unos cuantos.

Pero allí no había nada de eso.

¿Obra de un loco?

Aquello podía ser una explicación. Si esto era así, él lo descubriría enseguida. Aquél era otro de los motivos por los cuales deseaba tener juntos a los cinco primos, aunque fuera por pocas horas.

Primero, porque sabía que, más tarde o más temprano el asesino, si es que era uno de ellos, se descubriría a él, al cometer otro atentado.

Segundo, que si era un loco homicida, él lo descubriría mucho antes de que este atentado se llevara a efecto. Pero para esto, como pensaba, debía tenerlos a todos reunidos.

Sin abandonar ni un solo momento sus pensamientos, Stiler aparcó el sedán frente a la puerta de su quinta, abrió la puerta y entró.

Unos minutos más tarde se encontraba junto al mueble-bar, preparándose un *whisky* con cubitos de hielo. Después se sentó en el diván y tomó una de las muchas revistas que allí había.

Distraídamente empezó a hojearla, mientras que, poco a poco, bebía pequeños sorbos de *whisky*.

Lo terminaba ya cuando sonó el timbre del teléfono. Alargó la mano y tomó el auricular creyendo saber ya de quién se trataba.

No se equivocó. Al otro lado del hilo sonó la voz de Fay Colman.

—¿Van a venir, monina?

—Sí, claro. Pero me regañaron bastante, diciendo que había tenido muy poca confianza al no decirles con anterioridad que estaba prometida. Tuve que callarme, Richard, y hacer un gran esfuerzo para no reír. Bueno, la cuestión es que se iban tragado la mentira, y todos han visto bien eso de pasar un fin de semana en una quinta a orillas del mar.

—Entonces, ¿a qué hora llegaréis?

—Entre dos luces, Richard. Tomaremos un taxi. Es lo mejor,

¿no?

—Sí. ¡Ah, preciosa! El teniente Falcom va a venir también.

—¡Richard! Pero ¿de verdad tú crees que uno de ellos...?

—Escucha, monina —atajó él—. Todo puede ser. Si me equivoco, te lo diré y después te pediré perdón. Comprendo que es tu familia y que eso se te hace muy cuesta arriba. Ahora bien, antes de que vengáis, he de decirte algo: si quieres, aún estás a tiempo de dejarlo todo en manos de la policía.

Al otro lado del hilo se hizo el silencio. Un silencio que duró unos cuantos minutos, hasta que por fin Fay replicó:

—No deseo morir, Richard. Pero si son ellos, ¿por qué? ¿Qué les he hecho yo?

—Si supiéramos eso, y ya te lo dije una vez, sabríamos quién es ese loco, muchacha —hizo una pausa y después añadió como asaltado de un súbito pensamiento—: Oye, monina, ¿desde dónde telefoneas?

—Desde una cabina pública, Richard. Desde Park Presidio Drive. ¿Por qué?

Pero Stiler no le aclaró aquella duda.

—Bueno —fue lo que dijo en respuesta a su pregunta—, os estaré esperando aquí.

Colgó sin esperar respuesta y luego empezó a discar. Unos segundos más tarde estaba en comunicación con el teniente Falcom.

Su primera pregunta fue:

—¿Has averiguado algo, Ted?

—No, aún no. Cada diez o quince minutos recibo comunicados de mis hombres, pero el «Cadillac» sigue sin aparecer.

Stiler pensó ahora en otro asunto que podía o no ser un derivado de todo aquello.

Preguntó:

—Y de Nueva York, ¿qué sabes?

Al otro lado del hilo, Falcom soltó un respingo, y eso que sabía por experiencia que Richard Stiler, siempre que hacía alguna de aquellas preguntas, era porque tenía motivos sólidos para hacerla.

—¿Por qué preguntas eso, Richard?

—Confieso que aún no lo sé. Pero ¿sabes o no sabes algo?

—Nada aún. Por lo visto, el Departamento de Homicidios de Nueva York tiene bastante trabajo.

—¿Vas a venir?

—Sí. Puedes esperarme. He dejado dicho que me telefoneen ahí a partir de las nueve de la noche. ¿Vendrán ellos?

—La pelirroja acaba de telefonarme y me ha dicho que sí.

Al parecer, aquello era algo que Falcom no esperaba, ya que guardó silencio por espacio de unos minutos, al cabo de los cuales replicó:

—¿Qué le has dado, Richard?

Stiler sonrió, pero su sonrisa era dura.

—Nada —repuso al fin, mientras consultaba el reloj—. Son las cinco de la tarde, Ted. Por tanto, voy a acostarme un poco. Temo que esta noche sea bastante movida.

Poco o nada más hablaron, y tal como había dicho, Stiler fue a su dormitorio después de colgar el auricular, y se acostó en la cama, completamente vestido.

Pero no pudo dormir.

A las siete de la tarde abandonó el lecho y fue al cuarto de baño, donde se dio una ducha. Luego, perfectamente afeitado, Stiler cambió de traje y salió a la terraza.

Con los ojos grises fijos en la distancia, pensando en Fay y en sus cuatro primos, esperó.

Fue bastante, ya que éstos no llegaron hasta cerca de las ocho.

Primero oyó el ruido del coche cuando tomó el camino de la quinta. Entonces abandonó la terraza y bajó a la planta baja. Salió al porche justo cuando el taxi estaba llegando a los escalones de entrada.

Stiler no se movió. Permaneció con los ojos fijos en el coche y no los apartó hasta después que hubieron descendido todos.

Primero fue una pierna. Una hermosa pierna de mujer, vista en casi su totalidad. Luego la otra, y acto seguido la esplendorosa figura de una hermosa rubia.

Stiler la miró mientras detrás de ella aparecía otra, finalmente Fay, y acto seguido los dos hombres.

Stiler, y mientras uno de los hombres pagaba la carrera, se preguntó quién de las dos primas era la dueña de tan hermosas extremidades.

¿Cora Lyman?

Repentinamente recordó que Fay le había dicho que Cora era

rubia, y una de las mujeres más hermosas que había visto en su vida.

Stiler comprendió que Fay no le había engañado. Cora Lyman era aún más hermosa de lo que había supuesto.

Alta, casi tanto como Fay. El rostro tan hermoso como el de un ángel. Ojos intensamente verdes. El seno alto, pujante, audaz; estrecha la cintura y suaves y firmes las caderas. Después las piernas. Stiler las había visto casi en toda su profusión, y no tenía palabras para describirlas.

Elegante, bien vestida, y con una alegre y simpática sonrisa en sus rojos y gordezuelos labios.

Todo un monumento de mujer que avanzaba hacia él, sin perder la sonrisa, seguida por la morena Liz, que iba al lado de Fay, y por Jim y Joe, que cerraban la marcha.

Era la única que sonreía.

Incluso el semblante de Fay se mostraba serio, igual que el de los dos hombres. Lo mismo que el de la morena Liz.

Stiler se movió ahora, descendió los tres escalones de mármol y salió al encuentro de ellos, y Fay fue la encargada de presentarles.

Cora le tendió la mano sin perder la sonrisa, no así los demás, que se la estrecharon de un modo mecánico y frío.

Jimmy era rubio, lo mismo que Cora. Alto, frío, impersonal y de ojos negros y fríos. Liz era otro monumento de mujer, aunque no tan hermosa como Fay y Cora.

Sus ojos eran también negros, igual que su pelo, que le caía sobre la espalda en ondulante cascada. Casi tan alta como la propia Cora y tan bien vestida como ella.

Joe Lyman era casi tan alto como el propio Jim y, en conjunto, bastante parecido a éste.

Mirándoles, mientras estrechaba sus manos, Stiler se preguntó si acaso no sería uno de ellos el hombre que salvó la vida a Fay, lanzándose sobre ella en el momento preciso en que disparaban desde el «Cadillac».

Fue una idea que tuvo de súbito, y sus ojos, ya duros de por sí, se mostraron aún más duros que de ordinario, mientras que Cora, con un desparpajo rayano en lo asombroso, se le colgaba del brazo.

—Vamos dentro, ¿no? —preguntó—. Me gustaría que me enseñara toda esta casa. Debe de ser mag...

—¡Cora, por favor...!

Ella ladeó su linda cabeza para mirar hacia atrás y replicó encarando a Jim:

—¿Por qué, Jim? Richard es el prometido de prima Fay. Por tanto, es casi de la familia, ¿no?

Tiró de él hacia el interior de la casa y los demás fueron detrás sin que Jim respondiera a aquellas palabras.

CAPÍTULO VI

No había criados ni criadas. Por consiguiente, Fay y Cora fueron a la cocina a preparar la cena, mientras Stiler preparaba bebidas en el *living*.

Las sirvió, y en la hora y media que estuvieron juntos, apenas si hablaron, y lo poco que se dijo fue casi todo dicho por Liz, que hizo verdaderos esfuerzos para que la conversación no decayera, sin conseguirlo en modo alguno.

Estaban en el más completo silencio cuando apareció Fay para decir que la cena estaba servida. Stiler fue el primero en ponerse en pie consultando el reloj de pulsera.

Eran las 9'10 de la noche. Falcom aún no había llegado. ¿Vendría, o a última hora había tenido que desistir?

Pasaron al comedor en el más completo silencio, y lo mismo que en el *living*, la conversación no llegó tampoco a generalizarse, a pesar de los esfuerzos de Cora, Fay y la propia Liz.

Fue al final de la misma, ya ante las tazas de café y los cigarrillos, cuando Jimmy encaró francamente a Stiler:

—Y bien, polizante —dijo—, ¿qué espera conseguir con esto?

—¡Jim!

Lo mismo que una víbora, así se volvió para encarar a la morena.

—¡Tú cierra el pico, Liz! —añadió al instante y con voz ronca—. Este maldito polizante nos ha reunido aquí porque sospecha de nosotros. El cree que uno de los que estamos aquí, es el loco que está intentando quitar de en medio a prima Fay —se volvió hasta encarar de nuevo a Stiler y preguntó—: ¿No es así?

Stiler sonrió y Cora achicó los ojos al ver la dureza que había en aquella sonrisa.

—Sólo en parte, míster Lyman. Y digo esto porque yo no pertenezco a la policía. Soy el prometido de Fay y por eso tengo

interés en este caso. Simplemente, les he traído aquí...

—¡Un cuerno es usted el prometido de mi prima, míster Stiler! Y escuche —medió Joe—, será mejor poner las cartas boca arriba de una vez. Fay está asustada y es una cosa que se comprende. A nadie le gusta que intenten matarle y menos sin saber por qué. Sé que la última noche, Fay sufrió otro atentado al entrar en nuestra casa. Fay misma me lo contó. Pasó la noche aquí, en esta quinta, y después fue con el cuento de que su prometido nos invitaba a todos a pasar el fin de semana en su quinta. ¿A quién trata de engañar con esa burda farsa, míster Stiler? A nosotros no, desde luego.

Stiler no negó ni afirmó ante aquel aluvión de palabras. Simplemente, formuló una pregunta:

—¿Por qué han venido entonces?

Los cuatro primos se miraron mientras el semblante de Fay enrojecía un poco.

Fue Cora la encargada de replicar a la pregunta:

—Es muy sencillo, Richard —y él se dio cuenta de que ella continuaba llamándole por su nombre—. Todos queremos a Fay, como si fuera nuestra hermana. Después de convencernos de que decía la verdad, y al comprender que todo el mundo, empezando por la misma policía, sospechaba de nosotros, hemos decidido dar facilidades. Por otra parte, confieso que es la primera vez que voy a pasar un fin de semana en una casa como ésta, y a orillas del mar. Y con piscina. Ahora, ¿quiere decirnos quién es usted en realidad?

Los ojos de Stiler brillaron durante una fracción de segundo. Después les miró de uno en uno, deteniendo los ojos en las hermosas rodillas de Liz, para acto seguido levantarlos hasta su rostro:

Quedóse mirándote durante más de un largo minuto y luego volvió el rostro hacia Fay.

—Eso es algo que no puedo decir, por el momento. Ahora, básteles saber que no soy un policía. Que no tengo atribuciones para nada de lo que ustedes suponen.

Fue Liz la que habló ahora, adelantándose al deseo de Joe:

—Siendo así, míster Stiler, ¿por qué nos ha traído aquí?

Cosa rara; Stiler miró el hermoso rostro de Cora, y con los ojos fijos en ella, replicó:

—Su prima Fay ha sufrido varios accidentes. Yo presencié uno

de ellos, e intervine por curiosidad —mintió en parte—. Siento aprecio por ella, y por eso deseo protegerla. Por ese motivo les invité a pasar el fin de semana en esta casa. Eso es todo.

—Eso no es todo, míster Stiler —replicó Jim—. Usted sospecha de nosotros. Si no de todos, sí que uno de nosotros sea el que está intentando matar a Fay por todos los medios, ¿no? Si es así, ¿quiere decirnos el porqué de sus sospechas? ¿Qué motivos puede tener uno de nosotros en asesinarla? ¿Por qué?

Stiler se encogió levemente de hombros, mientras sus ojos fríos e inquisitivos no se apartaban del maravilloso semblante de Cora, que se sentía desasosegada.

Después dijo algo que fue un tiro al azar, y que en aquel momento no produjo efecto alguno:

—El mismo motivo que cierto asesino tuvo para asesinar a cierto hombre que vino desde Nueva York hasta San Francisco, para encontrar la muerte apenas descendió del avión que le traía. Le mató un tipo que conducía un «Cadillac» con matrícula de Chicago. El mismo «Cadillac» desde el cual atentaron contra su prima Fay, míster Jim Lyman —les miró a todos y preguntó después de una ligera pausa—: ¿No les dice nada esta noticia?

Joe se puso en pie de un salto y le enfrentó:

—¿Qué diablos intenta decir...?

Pero el insistente sonido del timbre de la puerta le interrumpió.

Stiler se puso en pie y avanzó hacia la que daba acceso al *living*.

—Perdonen —dijo—. Vuelvo enseguida.

Salió, notando clavadas en su espalda las miradas de los cinco.

Cuando regresó, tres o cuatro minutos más tarde, el teniente Ted Falcom, del Departamento de Homicidios, venía con él.

Los cuatro hermanos se pusieron en pie. Por su parte, Fay permaneció sentada con los ojos fijos en la figura de Falcom, y después los volvió a sus tres primos.

Joe y Jim avanzaron hacia los dos, pero fue el primero el que se adelantó a su hermano mirando con gesto belicoso al sargento y a Stiler:

—¿Qué cuernos significa esto, míster Stiler? —preguntó, adelantando al frente su cuadrado mentón—. ¿Una trampa?

La respuesta la dio Fay sin abandonar el sillón que ocupaba y sin levantar los ojos de sus hermosas piernas.

—Le pedí yo a Richard que trajera a la policía, primo.

Como mordidos por una víbora, así se volvieron Jim y Joe a mirarla.

Fue Jim el que preguntó con voz ronca mientras Stiler y Falcom les miraban atentamente:

—¿Por qué, prima?

Fay apartó los ojos de sus piernas y le miró:

—No deseo morir, Jim —y durante unos segundos la expresión de su rostro delató el terror que la consumía por dentro—. No, no lo deseo en modo alguno.

—Entonces, Fay, ¿tú crees que...?

—Yo no creo nada, Joe —replicó encarando a éste, que fue el que preguntó—. Nada. No entiendo nada, como no sea el tener la absoluta certeza de que alguien desea mi muerte.

Jim se volvió a mirar a sus dos hermanas.

—Liz, Cora —dijo fríamente—; vámonos.

Las dos muchachas se miraron. Después los ojos de Cora buscaron los de Stiler, que se mostraban duros y fríos, más que nunca.

Pero ninguna de las dos, si es que verdaderamente lo deseaban, pudo decir nada, ya que intervino Falcom.

—Creo, míster Lyman, que no debe irse —dijo—. Es un consejo amistoso.

Joe se adelantó de nuevo. Se detuvo encarándole y preguntó secamente:

—¿Por qué, si puede saberse, teniente? Yo soy del mismo parecer que mi hermano Jim.

Fue entonces, y, ante el estupor del propio Stiler, cuando el teniente Falcom dijo parte de lo que pensaba:

—Muy sencillo, míster Joe Lyman; la policía, y con ella, yo en particular, creemos que entre ustedes hay un asesino en potencia. Ahora pueden irse o quedarse si lo desean, ya que no llevo un mandamiento judicial que lo impida ni tengo pruebas de nada...

La risotada de Jim le interrumpió. Después fueron sus palabras dichas en tono jocosamente burlón:

—¿No, teniente? ¿Y qué espera para conseguir las?

Antes de replicar, Falcom les miró atentamente, uno a uno, y cuando lo hubo hecho, sus ojos estaban clavados en el bello rostro

de la sin par Cora.

—Respuesta de Nueva York. Una respuesta que puede me dé los hilos necesarios para sentarle la mano a uno de ustedes cuatro.

Liz intervino, ahora suavemente:

—¿No le parece que está usted hablando demasiado, teniente? Una acusación como ésa, sin pruebas, puede costarle a usted un disgusto. ¿O no lo sabía?

Falcom sonrió, y su sonrisa podía competir en dureza con el rostro impassible del silencioso Stiler.

Después replicó:

—Lo sé, *miss* Lyman. Y la desafío a que me denuncien. Me costará, desde luego, un disgusto, que durará posiblemente hasta que esa respuesta que espero llegue de Nueva York.

—¿Y qué es lo que espera que le digan de Nueva York, teniente? —intervino Cora con los ojos clavados en Stiler.

—Algo sobre quién es el hombre que fue asesinado al abandonar el avión que le traía de Nueva York a San Francisco. Más que quién era, qué motivos le impulsaron a emprender ese viaje.

—¿Y usted cree que venía a vernos a nosotros y que por eso le mataron? Eso es absurdo, teniente.

—Puede que lo sea, *miss* Cora —replicó Falcom—. Pero ahora yo pienso así. Nadie puede decirme que no esté relacionado de un modo u otro con los atentados que hasta la fecha ha sufrido su prima. Desde luego, si no es así, si del resultado de mis investigaciones las sospechas mías se desvían en otra dirección, en honor a su belleza le pediré perdón, muchacha.

Antes de que Cora pudiera replicar, intervino Jim:

—De acuerdo, teniente. Usted gana. Mis hermanos y yo vamos a quedarnos aquí hasta el lunes. Pero después, una vez en Nueva York, no se extrañe si se encuentra con una denuncia —volvió los ojos hacia Stiler y añadió—: Con su permiso, míster Stiler, desearía irme a dormir. Creo que mis hermanos también. ¿No es así?

Cora fue la que replicó:

—Confieso que así es, Jim —encaró a Stiler y agregó—: ¿Quiere acompañarme a mi habitación, Richard?

Empezó a preguntar mirándole, pero Cora acabó la pregunta con los ojos clavados en el rostro de Fay, que no se inmutó lo más mínimo.

Tampoco lo hizo cuando Stiler replicó:

—Cuando usted quiera, Cora.

La bella rubia le prendió de nuevo del brazo, mientras el teniente Falcom iba a sentarse en uno de los sillones y Liz abandonaba el *living* en compañía de Fay, en tanto que Joe y Jim salían detrás de todos.

Subieron al piso superior, y Cora maniobró hábilmente hasta que logró lo que se proponía; quedar a solas con Stiler.

Le miró de nuevo, como había hecho durante aquellas horas, y después preguntó:

—No es cierto que usted sea el prometido de Fay, ¿verdad?

—Creo que eso quedó claro ya, ¿no?

—Sí. Puede ser, pero yo no lo creía —entornó los ojos velándolos con las tupidas pestañas, y añadió—: Si quiere que le diga la verdad. Richard, ya no sé lo que creer.

El volvió el rostro hacia ella, mientras abría la puerta del dormitorio.

—¿A qué se refiere, Cora?

—A todo esto, Richard —replicó—. Es absurdo. No tiene ni pies ni cabeza, como tampoco lo tiene que usted, sobre todo usted, sospeche de nosotros.

Terminó de hablar, dentro ya del dormitorio que le había sido destinado, y en el centro de éste se volvió para encararle.

—¿Quiere cerrar la puerta, Richard?

Sin responder, Stiler lo hizo. Luego se volvió para mirarla. Y preguntó:

—¿Por qué yo precisamente, Cora?

La respuesta de la espléndida rubia le dejó momentáneamente perplejo:

—Porque me gusta usted, Richard —sonrió levemente y añadió antes de que él tuviera tiempo de responder—: Supongo que ahora me besará, ¿no?

Y la respuesta de Stiler la desconcertó:

—Se equivoca, Cora, no voy a besarla ahora, aunque no sé si lo haré más de una vez antes de que salga de esta casa. Es usted muy hermosa.

Cora sonrió, ahora un tanto recuperada de la sorpresa, y replicó:

—¿Más que Fay?

—Sí, más que ella, y usted lo sabe, Cora.

—¿Entonces...?

Stiler se acercó a la puerta y la abrió.

—Hablaemos mañana, Cora. Buenas noches y que descanse.

Los ojos de ella brillaron al decir:

—Buenas noches, Richard. Que descanse también, aunque yo no sé si lograré hacerlo.

Stiler cerró la puerta a su espalda y examinó el bien iluminado pasillo en toda su extensión. Unos segundos más tarde descendió a la plantaba baja, y fue a buscar al teniente Falcom.

Después, ambos se fueron a dormir. Pero fue bastante tarde. Sobre la una y media de la madrugada.

CAPÍTULO VII

Fay Colman y su prima Liz entraron juntas en la habitación de la primera, cerrando la puerta.

Mientras Fay lo hacía, Liz se dejó caer en uno de los sillones, cruzó las piernas con la estrecha falda por encima de medio muslo, y dijo, sin apartar los ojos de su prima:

—Un hombre interesante, ¿verdad?

Fay la miró atentamente antes de responder:

—Te refieres a míster Richard Stiler, ¿no?

Liz sonrió.

—Sabes que me refiero a él, prima —hizo una pausa y después, deliberadamente, la pregunta—: ¿Qué hay entre tú y él, Fay?

Antes de replicar, la pelirroja se dejó caer sobre la cama. Se quitó los zapatos y las medias. Replicó, con una de ellas en la mano:

—Nada, absolutamente nada. Es un hombre que me salió al paso y después me sacó de una situación difícil, Liz. Estaba aterrorizada —miró en torno y añadió—: Dormí en esta misma habitación, y lo hice tranquila. Esta noche tengo miedo, mucho miedo.

—No debes temer nada, Fay. La policía está en la casa, aunque si quieres que te diga la verdad, tengo más confianza en míster Stiler que no en el teniente Falcom.

—Yo también, pero tengo miedo. Verdadero terror a la noche.

Lo dijo mirándola de frente, con los ojos dilatados por el terror y con el rostro tan blanco como un sudario.

Liz sintió piedad por ella. Se retrepó contra el respaldo del sillón y sus maravillosos senos se marcaron firmemente bajo la tela del vestido.

Preguntó:

—¿Quieres que me quede aquí contigo?

Fay miró la cama, midiéndola con los ojos.

—No podríamos dormir juntas, Liz.

—Cierto que no. Pero puedes acostarte, y me estaré aquí contigo un par de horas. Hasta que te duermas. Y, por favor, Fay, no seas chiquilla. Estamos todos aquí, y nada va a ocurrirte.

Se dejó convencer y se acostó. Liz quedó sobre el sillón, con un humeante y oloroso cigarrillo entre los dedos y la luz completamente apagada.

No habló. Pensaba.

Pensaba en el teniente Falcom, en Richard Stiler, en sus hermanos y, sobre todo, en su aterrorizada prima, mientras multitud de extraños pensamientos poblaban su mente.

Mientras multitud de no menos extrañas preguntas le danzaban en el cerebro.

Por tanto, Liz perdió la noción de todo. Tanto es así que nunca supo en realidad el tiempo que había transcurrido desde que se sentó en aquel sillón.

Escuchó ahora. Hasta ella le llegaba el acompasado respirar de su prima que, al parecer, y desde que empezó todo aquello, por primera vez dormía plácidamente.

Liz se puso en pie y se acercó a la cama inclinándose sobre ella con la sonrisa en la boca, mientras que a su espalda, el pomo de la puerta empezaba a girar lentamente.

Liz también giró dando la cara sin aún darse cuenta de nada, dispuesta a encaminarse a su habitación, llevando en el pensamiento los nombres de sus hermanos, Cora, Jim y Joe.

¿Cuál de ellos? Pero si era así, ¿por qué?

No le cabía en la cabeza. Por más vueltas que le daba, Liz creía estar segura de que aquello no podía ser. Tanto la policía como Richard Stiler debían estar equivocados al pensar en que alguno de sus hermanos fuera un posible asesino.

Avanzó hacia la puerta y repentinamente se detuvo con los ojos dilatados por el espanto.

Frente a ella, y de una forma difusa, ya que las luces del pasillo estaban completamente apagadas, vio una silueta, un pijama listado. Y abrió la boca para gritar, llena de espanto.

No pudo hacerlo.

Una mano brutal se la tapó. Forcejeó intentando retroceder o gritar, y tampoco pudo. Antes, mucho antes de que lo lograra, algo brilló sobre sus ojos llenos de espanto, y un segundo después notó

sus carnes desgarradas por la afilada hoja de un cuchillo.

Su hermosa cabeza se abatió y entonces el asesino la soltó dejándola caer al suelo, donde golpeó duramente. Y fue entonces cuando éste sufrió la mayor sorpresa de su vida.

Fay se despertó por el golpe. Se sentó en la cama y también vio la silueta, su pijama, y gritó con todas sus fuerzas mientras, instintivamente, alargaba la mano hacia el interruptor de la lamparita de la mesita de noche.

Lo pulsó sin dejar de gritar y la luz inundó la habitación. Pero ya no había nadie en ella.

Fay se puso en pie creyendo que había sido víctima de una pesadilla y miró la puerta cerrada. Después vio a su prima Liz... y el mango del cuchillo que sobresalía de su pecho.

Gritó de nuevo cuando ya, fuera, en el pasillo, las puertas empezaban a abrirse, y entonces se desmayó.

Su cuerpo desmadejado, apenas cubierto con un salto de cama de transparente nylon, rodó por el suelo junto al cadáver de Liz. Y así la encontraron segundos más tarde.

Cora, Joe, Jim, Stiler y Falcom, los dos últimos con la automática en la mano, irrumpieron en la habitación después de empujar la puerta violentamente.

Los cinco se quedaron aturcidos, con los ojos clavados en el cuerpo de las dos mujeres, hasta que de una forma repentina, Cora lanzó un grito y corrió hacia su hermana.

La abrazó frenéticamente, cubriendo su bello rostro de besos, mientras murmuraba palabras ininteligibles.

Hasta que Stiler la tomó por los hombros y la obligó a levantarse. Después, mientras el teniente Falcom encaraba a los dos hermanos, la sacó de allí llevándola por la cintura.

Lo último que oyó al cruzar el umbral fue la voz de Falcom, diciendo:

—Salgan inmediatamente de aquí y vayan al...

El resto de la frase se perdió para él.

Siempre llevándola enlazada cariñosamente por la cintura, Stiler la condujo hasta su propio dormitorio.

—Vamos, querida —dijo dulcemente—, acuéstate un poco y procura descansar.

Cora hizo lo que se le mandaba como si estuviera muerta, como

un autómatas, mientras que con los ojos dilatados le contemplaba, al parecer también sin verle.

El mismo alisó su falda sobre los muslos y luego abrió el armario ropero para en el acto ir al lavabo, de donde regresó con un vaso, al parecer, lleno de agua.

—Vamos, Cora, tómese esto que la calmará.

Por primera vez, al mirarle ahora, y desde que él la llevó a su dormitorio, Cora pareció darse cuenta de dónde se encontraba, ya que enrojeció levemente.

Y, no obstante, preguntó mientras alargaba la mano hacia el vaso:

—¿Qué es eso, Richard?

Stiler no replicó, y ella en vista de su silencio, empezó a beber lentamente.

Se lo devolvió con una triste y cansada sonrisa en sus labios rojos, en tanto que Stiler deseaba como nunca verla llorar. Pero aquellos ojos, grandes y verdes, continuaban completamente secos. Después de los sollozos primeros, al ver el cuerpo sin vida de su hermana, Cora había callado, y, aunque éstos le brillaban en forma inusitada, no había en ellos ni una sola lágrima.

Stiler interrumpió sus pensamientos para decir:

—Quédese aquí y procure descansar, Cora. Yo voy abajo a ponerme de acuerdo con el teniente Falcom.

Hizo ademán de volverse, pero Cora le prendió por un brazo.

—Por favor, Richard —murmuró—. No me deje sola.

Mirándola, sin replicar, Stiler se sentó en el borde de la cama.

Así estuvo durante unos minutos hasta que ella cerró los ojos y su respiración se hizo regular.

Entonces se quedó en pie. Acto seguido, sin apartar los ojos de aquel semblante bellísimo, Stiler se fue inclinando sobre ella hasta que la besó fuertemente en los labios.

Luego, giró en redondo y, sin volver la vista atrás, salió de la habitación cuidando muy bien de apagar la luz y cerrar la puerta con llave.

Rectamente se encaminó al *living*, y desde el umbral de la puerta miró a los reunidos.

Joe, Jim y la propia Fay, mortalmente pálida, pero ya un tanto recuperada, permanecían sentados en el amplio diván, mientras que

el teniente Falcom, con un humeante cigarrillo en la mano, les contemplaba en silencio desde uno de los sillones en el cual permanecía sentado.

Jim fue el primero que le vio y se puso en pie, avanzando hacia él.

Stiler le miró duramente, de pies a cabeza y avanzó hacia el teniente Falcom. Pero Jim Lyman se cruzó en su camino.

—Un momento, míster Stiler —dijo parándose frente a él—. ¿Dónde está mi hermana Cora?

La sonrisa con que Stiler respondió a su pregunta era mortalmente fría.

Después replicó con no menos frialdad:

—En mi dormitorio, y de allí no saldrá hasta mañana.

—¿Y quién diablos es usted para...?

Stiler pasó por su lado, replicando a la no acabada pregunta:

—Le he dado un sedante y estará durmiendo toda la noche. Eso es todo —miró a Fay y añadió—: Y tú, Fay, deberías tomar otro e irte a la cama.

Ella le miró con los ojos agrandados por el terror y replicó, mientras Jim daba un paso hacia él prendiéndole por un brazo:

—No pienso moverme de aquí en toda la noche, Richard.

Pero Stiler casi no la oyó. Se había vuelto en redondo mirando a Jim mientras Joe se ponía en pie y Falcom les miraba a los tres, al parecer bastante interesado por la escena.

Durante unos segundos, Jim y Stiler se miraron en silencio hasta que, de pronto, el segundo dijo suavemente:

—Será mejor que me quite la mano de encima, Lyman.

Éste vaciló otros segundos y al fin le soltó.

—De acuerdo —repuso—; pero mi hermana saldrá inmediatamente de su dormitorio, Stiler. Con Fay, creo que ya ha habido bastante.

No tuvo casi tiempo de acabar la venenosa frase, ya que mientras la pelirroja se ponía en pie violentamente sofocada, Stiler retrocedió un paso y acto seguido lanzó el puño derecho.

Jim dio unos cuantos pasos hacia atrás y luego se desplomó en el suelo, donde dio un par de vueltas.

Rebotó como una pelota, se puso en pie, y la voz seca y fría del teniente Falcom le contuvo cuando iba a lanzarse contra Stiler.

—Cuidado, Lyman. Será mejor que no promueva un escándalo en estas circunstancias. Su hermana Cora está en buenas manos, y soy yo, el que ahora, y de una manera oficial, apoya las medidas que adopte o pueda adoptar en lo sucesivo míster Stiler.

Con el semblante fosco y los ojos llameantes, acariciándose su recién golpeada barbilla, Jim Lyman se volvió a mirar al teniente, mientras Fay, cuyo semblante, antes pálido como el de una muerta, estaba ahora violentamente enrojecido, le miraba de pies a cabeza.

—¿Qué significan sus palabras, teniente?

Pero la respuesta la dio Stiler:

—Simplemente, que uno de ustedes dos es un asesino, míster Lyman. Un loco y peligroso... —se interrumpió para mirar a Falcom y mientras que se dejaba caer sobre uno de los sillones, preguntó—: ¿Sigo, o continuas tú, Ted?

Falcom no movió uno solo de sus músculos cuando replicó:

—El asunto ha sido tuyo desde un principio, Richard. Por tanto, puedes continuar.

Stiler miró a los dos hermanos. Éstos permanecían en pie, frente a él, con los semblantes foscos, mirándole a su vez.

La pelirroja Fay se había sentado ahora y tampoco apartaba sus ojos de él. Stiler la miró también, y continuó:

—Un loco peligroso, míster Lyman. Un loco que acaba de matar a su propia hermana por un error.

Fay se estremeció ante sus palabras, pero el rostro de los dos hermanos no expresaba otra cosa que indignación.

Sin hacer caso de ello, Stiler prosiguió:

—Uno de ustedes mató a Liz creyendo que se trataba de su prima Fay. Ninguno sabíamos que las dos estaban juntas en la habitación de la segunda. ¿No es así?

Ni Jim ni Joe replicaron a aquello, por lo que mirando a Fay, Stiler preguntó:

—Liz entró contigo en tu cuarto, ¿no es así, muchacha?

—Sí, Richard. Entramos las dos y estuvimos hablando un rato. Le dije que tenía miedo, que estaba verdaderamente horrorizada, y Liz me creyó. Se avino a quedarse un poco conmigo y me acosté. En estos últimos días he dormido muy poco, por lo que me quedé instantáneamente dormida. No sé cuánto tiempo estuve durmiendo hasta que un golpe me despertó —se estremeció de nuevo y añadió

—: Ahora que lo pienso, debió de ser la pobre Liz cuando cayó al suelo.

—¿Viste algo, Fay?

Un nuevo estremecimiento, que la sacudió de pies a cabeza, fue la primera respuesta que Stiler obtuvo de ella.

Después, Fay replicó:

—Una figura en pijama. Estaba a oscuras, completamente a oscuras y no pude verlo bien, aunque creo que llevaba el pijama puesto.

Stiler clavó los ojos en los dos hermanos, pero fue solo un segundo, ya que casi en el acto los volvió de nuevo hacia Fay.

—Tus dos primos, igual que yo y el teniente Falcom, llevamos los pijamas puestos. ¿Puedes acordarte de cuál de nosotros era el que estaba en tu habitación?

CAPÍTULO VIII

Durante más de dos largos minutos, un absoluto silencio reinó entre ellos después de la pregunta de Stiler, mientras la mirada asustada de Fay iba de uno a otro, hasta que por fin se clavó de nuevo en los grises y duros ojos que no dejaban de mirarla ni un solo segundo.

—No, Richard. No puedo recordarlo. Ya te dije que estaba muy oscuro.

Stiler se volvió para mirar a Falcom.

—Bueno, teniente —dijo—. Ahora te toca a ti. Yo, por el momento, he terminado.

Falcom hizo un gesto y después, encarando a los tres, dijo secamente:

—Lo siento, pero por ahora nadie de los que estamos aquí podrá salir de la finca sin que yo lo sepa. ¿Comprendido?

Joe se puso en pie, fue a decir algo, tal vez nada agradable, pero Falcom le atajó con un gesto mientras le imitaba.

Después añadió:

—Voy a telefonar a la policía para que se Hevea a *miss* Lyman. Después me proveeré de un mandamiento judicial para...

Jim Lyman le atajó fríamente:

—No se moleste, teniente. Nos quedamos, aunque sólo sea por esta noche.

A las palabras de Jim siguió un extraño silencio, que rompió Joe, diciendo:

—Si no tiene nada más que preguntarme, teniente, yo me voy a dormir.

Se puso en pie mientras que Falcom consultaba con la mirada a Stiler. Éste asintió con un gesto de cabeza y después se acercó a Fay, prendiéndola de un brazo.

—Vamos, Fay —dijo—. Acuéstese y procure descansar.

En los ojos de ella había miedo cuando le enfrentó:

—No deseo encerrarme de nuevo, Richard. No quiero estar sola.

—No lo estará, porque yo permaneceré en el pasillo el resto de la noche. ¿Vamos? Por otra parte, hay habitaciones de sobra en la casa. La llevaré a otra.

Tiró de ella y Fay se puso en pie. Mirándole, sin apartar los ojos de él, preguntó:

—¿De verdad hará eso?

—Sí, Fay. No espero que ocurra nada más esta noche, pero por si acaso, voy a permanecer a su lado el resto de la misma.

Salieron los dos mientras el teniente iba al teléfono para dar cuenta al Precinto de lo ocurrido.

Ya en el pasillo, Stiler abrió una de las puertas y entró el primero en la habitación. Después de examinarla se volvió hacia ella.

—Puedes acostarte aquí, Fay —dijo—. Pero antes debo darte una cosa —sacó la licencia de armas y se la entregó—. Ahora voy a mi habitación y te traeré una automática calibre .22. Úsala sin vacilar, y tira a matar si es necesario. ¿Comprendes?

Fay tenía el semblante pálido, pero su voz sonó firme:

—Descuida que lo haré así, Richard.

Stiler salió de la habitación y ella dejó la puerta abierta. Avanzó por el pasillo y unos segundos más tarde estaba contemplando el hermoso rostro de Cora, que continuaba durmiendo plácidamente.

Contuvo el nuevo deseo que le asaltó y se apartó de ella para no besarla. Rodeó la cama, abrió el armario ropero y de él extrajo una pequeña pero mortífera automática.

Hecho esto, y después de lanzar una fugaz mirada a Cora, Stiler dio media vuelta y abandonó su dormitorio. Unos minutos más tarde estaba de nuevo frente a la pelirroja Fay, llevando un vaso y una tableta.

Le entregó la automática y, sin abandonar el vaso ni la tableta, la miró mientras ella se la guardaba entre los senos.

—Debes tomarte esto, Fay —dijo—. Descansarás si me obedeces.

Fay se le acercó. Su sonrisa era cansada.

—Es un sedante, ¿verdad?

—Sí, Fay. Lo es.

—Lo mismo que el que le diste a Cora, ¿no?

—Sí.

—Está bien, Richard, me lo tomaré; pero con una condición.

—¿Qué es ello?

—Que no te muevas de por aquí. Tengo miedo. Mucho más miedo que antes. ¡La pobre Liz...!

—No me moveré, muchacha. Puedes estar segura de ello.

Le entregó el vaso y la tableta, que ella tomó entre sus manos heladas.

Se la tomó y luego depositó el vaso sobre la mesita de noche. Hecho esto, Fay se le acercó aún más. Después, de una manera súbita, le prendió por las solapas y le ofreció los labios.

Stiler la besó estrechándola contra su pecho, y sin saber por qué, aquel largo beso le recordó el que le había robado a Cora.

Después se separaron y ella musitó quedamente:

—Esto que me has dado obra muy aprisa, Richard. Me está entrando sueño. Buenas noches.

—Buenas noches, Fay —repuso, retrocediendo hacia la puerta.

Cerró a su espalda, y de nuevo examinó el pasillo. Hecho esto sacó la pitillera y encendió un cigarrillo. Después se recostó contra una de las paredes y se dispuso a esperar.

Repentinamente, y cuando ya casi finalizaba su cigarrillo, el sonido de la sirena de la policía le sobresaltó un poco rompiendo sus pensamientos en mil pedazos.

Stiler se preguntó si Joe y Jim Lyman se habrían ido a dormir, tal y como dijeron, o estaban en el *living* esperando la llegada de la ambulancia que debía llevarse el cadáver de su hermana Liz.

Pero no se movió para comprobarlo, aunque poco después lo supo cuando el propio teniente Falcom irrumpió en el pasillo seguido de unos cuantos hombres de uniforme y paisano.

La habitación donde reposaba el cuerpo de Liz Lyman se llenó de hombres en unos segundos, y desde el pasillo, Stiler pudo ver la serie de trabajos, todos rutinarios, que efectuaban los del Departamento de Homicidios.

Continuó sin moverse, y siguió en el mismo sitio hasta que se la llevaron. Pero no pudo ver a ninguno de los hermanos.

Por fin, la casa volvió a quedar en silencio, mientras que en la distancia el sonido de las sirenas de la policía y la ambulancia, se iba perdiendo poco a poco.

Fue entonces cuando Falcom volvió al piso superior y le enfrentó.

—Y bien, Richard —dijo sin más preámbulos—, ¿cuál de los dos hermanos es el asesino?

—¿El asesino o el loco, Ted?

—Lo mismo me da. El uno y el otro son una misma persona, ¿no?

Stiler no replicó durante unos segundos. Cuando lo hizo su rostro se había convertido en una máscara.

—Ninguno de los dos hermanos está loco, Ted. De eso puedes estar completamente seguro.

—¿Qué diablos...?

—Es la verdad. No están locos, sino tan cuerdos como tú y yo.

Falcom arrugó el entrecejo.

—¿Qué piensas hacer entonces? —inquirió después de unos minutos de silencio.

—Eso es lo mismo que debo preguntarte yo, Ted —replicó Stiler—. ¿Piensas detenerles aquí hasta que se averigüe todo?

—¿Lo deseas tú? —preguntó a su vez el teniente.

—Pues... Bueno, Ted, confieso que no lo sé.

—Yo tampoco. Por otra parte, sé que si lo hiciera me vería en dificultades con mis superiores. Ellos quieren hechos concretos y no sospechas, ¿comprendes?

Hizo una larga pausa sin que Stiler dijera nada y luego añadió:

—Hablando de sospechas... ¿Cuál de los dos hermanos te resulta a ti el más sospechoso, Richard?

Stiler no replicó de momento.

—¿Jimmy o Joe? —preguntó después y como hablando consigo mismo—. Es difícil de predecir, sin saber el motivo que le mueve a uno u otro, Ted. Muy difícil —hizo una pausa y acto seguido inquirió—: Tus hombres han estado aquí, ¿sabes ya algo de Nueva York?

—No, nada.

—Entonces, creo que no vamos a poder movemos hasta que sepamos algo más sobre el hombre que murió cerca del aeropuerto. ¿Qué me dijiste que era, un notario o un abogado, Ted? Ahora no recuerdo bien.

Mirándole fijamente, mientras sacaba un arrugado paquete de

cigarrillos y le daba uno a él, Falcom respondió lentamente:

—Notario. Un notario de Nueva York, Richard. ¿Por qué lo preguntas? Pareces tener verdadera obsesión por ese hombre, ¿no?

—La tengo, Ted. La tengo —replicó Stiler, haciendo una pausa que duró unos cuantos minutos mientras el teniente Falcom le miraba atentamente.

Pausa en la cual estuvo fumando, al parecer un tanto nerviosamente y que rompió para decir:

—Escucha, Ted, ¿por qué no pones en movimiento a un par de hombres tuyos y tratas de averiguar lo más pronto posible una cosa?

—¿Qué nueva idea se ha cocido bajo tu sombrero, lumbreira?

—Una muy sencilla y muy particular, Ted. Deseo saber la vida y milagros de los padres de la familia Lyman, desde que éstos iban a la escuela hasta el momento en que dejaron de una vez para siempre este pícaro mundo.

—Tú ya has consultado el expediente de *miss* Fay Colman, y sabes, lo mismo que yo, que todos esos datos constan en él.

—Sólo en parte, Ted.

—¿Qué quieres decir?

Stiler se permitió una de sus contadas sonrisas. Luego contestó:

—Sabemos, sí, todo lo que Fay nos ha contado, o lo que nos ha querido contar.

Con el ceño más arrugado que nunca, Falcom preguntó:

—No me irás a decir que sospechas de la propia víctima, ¿verdad?

—No. Pero puede haber un olvido en alguna parte, o un simple deseo de guardar para ella los trapos sucios de la familia. ¿Comprendes lo que te quiero decir, Ted?

Falcom vaciló unos segundos y, luego de pensarlo bien, repuso:

—Está bien, Richard. Voy a telefonear al Precinto ahora mismo.

—Gracias. Veremos si eso da algún resultado.

—¿Y si no es así...?

Por toda respuesta, Stiler se encogió levemente de hombros, mientras Falcom empezaba a girar hacia la escalera que debía de conducirlo a la planta baja.

De nuevo quedó solo, y de nuevo también, su cabeza empezó a darle vueltas a todo lo ocurrido desde que la policía, en nombre del

teniente Falcom, le dijo que había una mujer llamada Fay Colman que, al parecer, estaba loca.

Que, al parecer, sufría de manía persecutoria.

¿Qué había resultado de todo aquello?

Nada en contra de Fay. Por parte de la policía o de la Medicina, se entiende; pero sí unos cuantos atentados criminales que habían culminado en el asesinato de una hermosa muchacha. Un asesinato debido a un error del asesino, ya que él estaba seguro de que a quién quisieron matar fue a Fay.

Lo mismo que otras veces. Lo mismo que siempre.

Sin dejar de formularse preguntas, sin que Falcom volviera de la planta baja, Stiler pasó las horas meditando hasta que por las abiertas ventanas de la quinta empezaron a aparecer las primeras claridades del nuevo día.

Entonces abandonó su puesto de observación y entró en la habitación donde reposaba Fay.

Durante unos cuantos minutos, Stiler la estuvo contemplando atentamente y después fue al suyo propio, en cuya cama continuaba durmiendo Cora.

Hecho esto volvió al pasillo y allí esperó un poco más, hasta que procedente de la planta baja le llegó el rumor de una conversación sostenida en tono más alto que el normal.

Sólo entonces, comprendiendo que ya no había peligro, Stiler abandonó definitivamente el pasillo y bajó a la planta baja.

En el *hall*, frente a la puerta que daba acceso al jardín y éste a la carretera, los hermanos Lyman hablaban con el teniente Falcom. Pero se volvieron a encararle tan pronto como oyeron sus pasos.

CAPÍTULO IX

—¿Dónde está Fay?

La pregunta surgió en la boca de Joe Lyman, mientras que se le acercaba.

—Durmiendo, míster Lyman.

—Pues será menester despertarla, lo mismo que a Cora. Nos vamos, míster Stiler. Hemos hablado con el teniente Falcom y nos ha dicho que podemos hacerlo, siempre y cuando él sepa dónde estamos. Y sin que podamos abandonar San Francisco, y por ahora, ni Jim ni yo pensamos hacerlo.

Stiler siguió avanzando hasta donde se encontraban Jim y Falcom, y dijo:

—Aun sintiéndolo mucho, míster Lyman, no puedo despertarlas. Ambas están bajo los efectos de un poderoso sedante. Por tanto, tendrán que esperar, si quieren, hasta que despierten.

—Muy listo, ¿no, míster Stiler?

Stiler achicó los ojos al clavarlos en el rostro tenso y duro de Jim Lyman.

—¿Por qué, míster Lyman? —preguntó fríamente.

—Eso usted lo sabrá, pero nosotros nos vamos ahora mismo. ¿Es eso lo que desea? ¿Quedarse aquí con las dos muchachas? ¿Espera sacarles algo más de lo que ya le han dicho, una vez que estén a solas?

—Con esperarlas, asunto concluido. Entretanto, podemos pasar al comedor a esperar que les den el desayuno. Yo mismo lo prepararé, ¿no?

—¡Al cuerno con el desayuno! —estalló Jim—. Yo me voy ahora mismo. No deseo permanecer en esta casa, ni frente a usted, ni un minuto más.

Hizo ademán de ir hacia la puerta, pero, sin duda, Joe no era del mismo parecer, ya que le interrumpió el paso, diciendo en tono

jocoso:

—Al parecer, Jim, te olvidas de algunas cosas. Primeramente, de llamar un taxi para que nos venga a buscar. Segundo, que el teléfono es propiedad de míster Stiler, y tercero, que sin tener el estómago lleno, contando con que te quieras ir, tendrás que hacerlo tú solo, ya que yo, como digo, con hambre, no estoy dispuesto a darme una caminata desde aquí a San Francisco.

Jim le miró torvamente y no replicó. Encaró a Stiler y preguntó con voz ronca:

—¿Puedo usar su teléfono?

—Puede hacerlo si así lo desea, pero tenga en cuenta que yo también pienso ir a San Francisco, después que haya desayunado.

—Prefiero llamar a un taxi —replicó Jim con voz seca y con evidente descortesía.

La respuesta de Stiler, que sonó inmediatamente, no por eso fue menos seca.

—Haga lo que guste, míster Lyman. Ya debe de saber dónde está el teléfono, ¿no?

Sin esperar respuesta, giró sobre sus talones y empezó a atravesar el *hall*.

—Espere un poco, Richard. Yo misma prepararé el desayuno.

Se volvió hacia la escalera y miró hacia arriba. En el primer rellano estaba Cora Lyman, con una triste y cansada sonrisa.

Su falda, corta hasta la misma rodilla, mostraba ahora los blancos encajes del *can-can* y las piernas en gran profusión, ya que se encontraba en el mismo bordé del escalón.

Stiler apartó la vista, con gran sentimiento por su parte, y ella se dio cuenta de ello, por lo que retrocedió un paso con el rostro ligeramente coloreado.

Después, viendo que Stiler no se movía, que continuaba con el rostro vuelto hacia otro lado, siguió bajando hasta alcanzar el *hall*, cuando ya Joe y Jim llegaban a su lado.

Fue entonces cuando los vio, tan cerca de ella, que retrocedió con un gesto instintivo de horror.

Después, sin poderse contener, dio media vuelta y se colgó materialmente del brazo de Stiler.

—Cora, muchacha...

Stiler la estaba mirando, pero ella no se daba cuenta de nada.

Sujetándole fuertemente por el brazo, tenía los ojos vueltos hacia sus dos hermanos, con la misma expresión de horror de antes.

—Asesinos —silbó entre dientes—. ¡Fuera! No quiero veros. No deseo... —Volvió los ojos hacia Stiler y pidió—: Por favor, Sáqueme de aquí, Richard.

Los dos hermanos dieron un paso adelante, y Falcom intervino antes de que Stiler pudiera decir nada:

—Ya lo oyeron, muchachos. *Miss Lyman* desea no ser molestada —hizo una pausa, que duró menos de un segundo, y añadió más para sí mismo que para nadie—: ¡Cuernos, yo también haría lo mismo!

Joe, o tal vez Jim, hubieran dicho algo más, pero Stiler, llevando a Cora enlazada por la cintura, desapareció ya por la puerta, camino de la cocina.

Una vez en ella la soltó, enfrentándola:

—Son sus hermanos, Cora —dijo, sencillamente.

El pálido semblante de Cora no se alteró, ni tampoco su voz cuando replicó:

—Eran mis hermanos, Richard. Ahora, para mí, son sólo dos asesinos. ¡La pobre Liz...! —Y se tapó el rostro con las manos, pero aun sin verlo, Stiler supo que no lloraba—. ¡La han matado, Richard, y ha sido uno de ellos! ¿Por qué? Se equivocaron, ¿verdad? A quien querían matar era a la pobre Fay. Estoy segura de ello.

Stiler no replicó a aquello. Simplemente dijo:

—Cálmese, Cora. Poniéndose así no adelantará nada.

Ella apartó sus manos del rostro para mirarle y replicó:

—Lo sé, Richard, pero no lo puedo evitar. Liz y yo, más que hermanas éramos verdaderas amigas. Si entiende el verdadero sentido de mis palabras me comprenderá. Comprenderá lo que quiero decirle con esto. Ahora... —Le prendió por las solapas y levantó su rostro hacia él—. Ahora no sé a dónde iré. Yo no deseo vivir más bajo el techo de Jim y de Joe. Soy mayor de edad y nadie me puede obligar a que lo haga. ¿Me ayudará?

Stiler la miró atentamente, mientras pensaba... La comprendía. Él, hubiera hecho lo mismo en iguales o parecidas circunstancias.

Miró en torno. Parecía mirar todo lo que había en la cocina, pero en sentido figurado sus ojos iban más allá. Estaba examinando, desde allí mismo, sin verlo, todo el interior de su magnífica quinta.

Después clavó sus ojos en ella, que no había apartado sus manos de él, y la miró largamente.

—Si tuviera valor para ello, la pediría que se quedara aquí, Cora. Pero creo que será mejor que la lleve a un hotel, ¿no?

La pregunta de ella le desconcertó:

—¿Por qué no puede o no tiene valor para pedirme que me quede aquí, aunque no sea nada más que unos días, Richard?

—Sus hermanos no lo verían con buenos ojos, Cora. Sus amistades tampoco. Soy soltero, ¿comprende?

—Y yo también, Richard. Por otra parte, como ya he dicho, soy mayor de edad. Pero hay algo más: ni mis hermanos ni nadie lo sabrá. Por tanto, si no tiene inconveniente y me brinda hospitalidad hasta que todo esto se acabe, me quedaré. Y otra cosa, Richard: yo tampoco soy rica. Vivo de mi trabajo; si me lleva a un hotel, ¿cómo lo pagaré?

Stiler no replicó. Estaba entretenido, al parecer, mirándose las uñas.

Cora esperó unos segundos su respuesta, y en vista de que no se la daba, giró en redondo hacia la cocina propiamente dicha.

Stiler tomó asiento al lado de ella y la estuvo mirando en el más completo silencio hasta que el aroma del café se expandió por todos lados.

Fue entonces cuando Cora le encaró, diciendo:

—Desayunaré aquí, Richard, si usted no tiene inconveniente.

Y fue entonces cuando él dijo algo en respuesta a la petición de ella:

—Me gustaría que se quedara, Cora, pero no así.

Las finas cejas de la muchacha se arquearon mientras sus profundos ojos verdes se abrillantaban de súbito.

—¿Cómo entonces, Richard?

—Pongamos por caso como mi mujer, preciosa. Estoy viendo que es usted una estupenda cocinera, y a mí me falta una.

Cora se le acercó y él se puso en pie para mirarla de frente.

—Creí que la dueña de su corazón era Fay, Richard.

Él dijo lo que pensaba en aquel momento:

—Mi corazón aún no tiene dueño, Cora.

—Entonces, ¿lo que me ha dicho no es una petición matrimonial? Comprenda que si no es así, es decepcionante.

La respuesta que iba a dar Stiler la interrumpió la súbita entrada de Falcom, que preguntó:

—¿Cómo va ese desayuno, *miss* Lyman?

Con un frunce en su boca de ensueño, Cora replicó:

—Está listo, teniente. Ahora le ruego a usted y a míster Stiler que lo sirvan. Yo desayunaré aquí.

Falcom no replicó pero alargó la mano y tomó unas cuantas tazas. Stiler hizo lo propio y giró con él hacia la puerta.

Antes de salir dijo:

—Cuando acabe de desayunar, Cora, suba y vea si Fay ha despertado ya.

Sin esperar respuesta siguió detrás de Falcom.

Unos minutos más tarde los cuatro hombres estaban desayunando en el más completo silencio.

Terminado el desayuno, Jimmy encaró a Stiler y preguntó fríamente:

—Bien, Stiler, supongo que ya habrá convencido a mi hermana para que no continúe con esa estupidez de no querer vernos a ninguno de los dos, ¿verdad?

Mirándole, antes de responder, Stiler se preguntó de nuevo cuál de ellos dos era el asesino, y por qué el otro, sabiéndolo como lo sabía, no lo decía en modo alguno.

Cierto que eran hermanos, pero cierto también que Liz era asimismo hermana de los dos, y había muerto asesinada tal vez por...

Replicó, cortando el hilo de sus propios pensamientos:

—Creo que vuelve a extralimitarse, míster Lyman. *Miss* Lyman, su hermana de usted, es ya mayor de edad. Por tanto, puede hacer y deshacer a su antojo sin que nadie, y mucho menos un extraño, pueda meterse para nada en la forma que escoja de vivir, o en el lugar donde pueda o quiera ir.

—Desde luego, es así. Pero ella se quedará con usted. Sé, estoy seguro, de que es cierto.

—¿Quién se lo ha dicho?

Joe intervino ahora acallando con un gesto las palabras que iba a pronunciar su hermano.

—Nadie nos lo ha dicho, míster Stiler —dijo—. Pero los dos conocemos a Cora y sabemos cómo las gasta cuando se enfada, y

ahora lo está en demasía, sin que yo por mi parte tenga culpa alguna del asesinato de Liz.

Stiler entrecerró los ojos y el teniente Falcom alargó el cuello hacia adelante, con ánimo de no perder una sílaba de la respuesta que esperaba. De las dos respuestas.

La primera, que corrió a cargo de Stiler, se produjo un quinto de segundo después de que Joe hablara:

—¿Acaso debo entender que está acusando a su hermano Jimmy de haberlo hecho, míster Lyman?

Los dos se pusieron en pie violentamente, y la segunda respuesta que Falcom esperaba no se produjo. Cora, desde la puerta donde había aparecido súbitamente, la interrumpió sobresaltándoles con sus palabras:

—Fay no está en su habitación, Richard —dijo con el rostro demudado—. Ha desaparecido.



Fay no está en su habitación, Richard

Una bomba que hubiera estallado en el centro del «hall», no hubiera producido el efecto que aquello produjo.

Jim y Joe ya estaban en pie, pero ahora lo hicieron Falcom y Stiler. Después se miraron durante unos segundos y repentinamente el último empezó a correr hacia la puerta donde aún permanecía

Cora.

Transcurrieron otros tres o cuatro segundos de vacilación por parte de los demás, y después, todos a una, corrieron en pos de Stiler.

Llegaron juntos al piso superior, pero fue el propio Stiler quien abrió la puerta de un violento empujón.

Era verdad. Cora no había mentido. Fay no estaba en la habitación, si bien en toda ella se notaban las huellas de su presencia allí. Incluso la deshecha cama lo atestiguaba así.

Jim Lyman fue el primero en romper el silencio mientras Stiler se volvía en redondo, como buscando algo extraño en aquello que parecía enteramente una fuga.

Pero lo hizo encarando al teniente Falcom:

—Supongo que ahora no nos acusará a nosotros de esta desaparición, ¿verdad, teniente?

Falcom fue a replicar, pero Stiler no le dejó pues se volvió hacia Jimmy lo mismo que una fiera.

—¿Desaparición o fuga, míster Lyman? —preguntó.

—¿Qué quiere decir, Richard?

La respuesta a la pregunta formulada por Stiler fue dada por Cora, y antes de que Jimmy pudiera replicar.

Stiler se volvió hacia ella y dijo, tuteándola sin darse cuenta:

—Escucha, Cora. Tu prima Fay se ha ido por su propia voluntad. Miles de detalles lo atestiguan en esta habitación. Pensar lo contrario sería una estupidez. Por tanto, es una fuga y no una desaparición, como tu hermano Jim nos quiere dar a entender.

—¿No cree que eso es mucho suponer, míster Stiler?

Sin replicar, Stiler se volvió hacia Joe Lyman y después clavó los ojos en el teniente Falcom.

Él rostro de éste permaneció impasible, y al verlo, entendiéndole, Stiler desvió los ojos hacia Cora.

—Ve a tu habitación —dijo sin dejar de tutearla a pesar de que ahora acababa de darse cuenta de ello—, y espérame allí.

—Lo que tú quieras, Richard.

Luego y, ante el estupor de sus hermanos, Cora abandonó la habitación y salió fuera. Fue entonces cuando Joe Lyman hizo un comentario jocoso pero malintencionado:

—Al parecer, usted, míster Stiler, comprende demasiado bien a

las mujeres. ¿No es así?

Por toda respuesta, Stiler señaló la puerta, y ahora sí que se mostró francamente descortés:

—Les agradecería a los dos que esperaran al taxi fuera de aquí. En la puerta de la calle, si no les sirve de molestia.

Jimmy adelantó un paso y le miró con los ojos turbios.

—¿Y Cora? —preguntó.

La respuesta de Stiler, y más que ésta, su sonrisa, fue francamente sucia:

—Me quedo con ella, Jimmy Lyman. Ahora, si quiere, recurra a la policía. Frente a usted, tiene a todo un teniente del Departamento de Homicidios.

Jim Lyman dio un paso hacia él, pero el recuerdo del golpe recibido en la mandíbula le contuvo.

—De acuerdo, Stiler —dijo secamente—. Por ahora gana usted. Pero sólo por ahora, no lo olvide.

Salió a continuación, seguido de su hermano Joe.

Cuando quedaron solos, Falcom y Stiler empezaron a recorrer el apartamento palmo a palmo; pero no encontraron en él nada de particular.

Al parecer, a Fay Colman se la había tragado la tierra.

CAPÍTULO X

Stiler detuvo el coche en la Quinta Avenida, dos días después de los sucesos relatados, y lo hizo frente a un «*snack bar*».

Pensaba en Cora Lyman y en Fay Colman cuando descendió. Cruzó la acera y entró.

Cora estaba allí, subida en uno de los altos taburetes, frente a un «Martini», y con la corta y estrecha falda por encima de medio muslo.

No se volvió cuando él entró ni apartó sus verdes ojos del fondo del vaso. Sumida en sus propios pensamientos, se puede decir que Cora no se daba cuenta de nada.

Era verdad.

Cora pensaba.

Estaba pensando en la policía, en sus hermanos Joe y Jim, y en que nadie hasta ahora había logrado descifrar la súbita desaparición de su prima.

Pensaba también en Stiler, y en que éste y la policía no le habían formulado pregunta alguna.

En Stiler, que la tenía recogida en la quinta. En Stiler al que no había visto.

Cora sentíase violenta. Estaba segura de que él no se había presentado en la quinta porque ella estaba allí. Al parecer, el hombre de los ojos grises y duros tenía complejos.

Temía a las habladurías de la gente, y no por él mismo, sino por ella.

En Stiler, que le había telefoneado a la oficina donde trabajaba para concertar una cita con ella. Y ahora le estaba esperando.

¿Qué quería?

Al formularse esta pregunta, Cora cortó el hilo de sus pensamientos para consultar el reloj de pulsera. Richard Stiler se estaba retrasando. Fue entonces cuando se movió un poco y volvió

el rostro hacia su derecha. Entonces le vio, cómodamente sentado en el taburete que había a su lado, y mirándola al parecer un poco divertido.

Cora enrojeció ligeramente al enfrentarse con aquellos ojos y preguntó suave:

—¿Hace mucho que está aquí, Richard?

Él se inclinó levemente hacia ella y repuso:

—Tres o cuatro minutos, monina. ¿En qué pensaba?

—En usted, Richard. Ésa es la pura verdad.

Callaron los dos, mirándose.

Luego, de una manera repentina, ella se inclinó también hacia él. Stiler vio frente a su rostro aquel otro tan bello, los rojos y entreabiertos labios, y la leve agitación de aquel seno maravilloso.

Durante unos segundos permaneció como fascinado y después, el beso brotó espontáneo entre los dos, lo mismo que una llama.

Perdió entonces la noción de todo, hasta que Cora sé separó suavemente de él y, agitada, tomó el «Martini» y bebió un poco ante la socarrona mirada del barman que en aquel momento preguntaba a Stiler:

—¿Qué va a tomar?

—Haciendo un poderoso esfuerzo de voluntad, respondió:

—Un *whisky*. Por favor.

Mientras el barman se alejaba hacia la estantería, Stiler volvió los ojos hacia ella. Cora le estaba mirando también, y fue la primera en romper el silencio con una pregunta:

—¿Ha sido el beso la causa de la cita, Richard?

Stiler no sonrió, como esperaba ella. Simplemente, con el temblante duro como siempre, replicó:

—Confieso que no, Cora, aunque deseaba besarte —sonrió, formando un duro contraste con su seriedad anterior y añadió—: Creo que lo deseé el primer día que te vi, muchacha.

—Pues has tardado bastante en decidirte, Richard —replicó ella, para después de una corta pausa agregar—: ¿Qué es lo que deseas?

Stiler se volvió hacia el mostrador. Tomó el vaso de *whisky*, bebió un largo trago y después, mirándola de nuevo, propuso:

—Será mejor que demos un paseo en coche, muchacha. Por él camino hablaremos. ¿Qué te parece?

Cora consultó su relojito de pulsera.

—¡Oh, Richard! —exclamó—. Me gustaría mucho, pero tengo que entrar en la oficina dentro de media hora.

Stiler por toda respuesta abandonó el taburete diciendo:

—Espérame aquí, monina. Tardaré tres o cuatro minutos.

Antes de que ella pudiera replicar, Stiler estaba en la cabina telefónica.

Tardó exactamente cuatro minutos en regresar, y cuando llegó a su lado espetó:

—Ya está solucionado, Cora. Tienes la tarde libre.

Ella agrandó un tanto los ojos y replicó:

—¿Qué has hecho, Richard?

Sonrió.

—Simplemente he telefoneado diciendo que esta tarde no podrías ir. Asunto oficial, encanto.

Y Cora tuvo que conformarse con aquello, ya que antes de que pudiera hacer o decir algo, Stiler añadió:

—¿Nos vamos?

Cora asintió en silencio y él la ayudó a bajar del taburete. Pagó la consumición de los dos y ambos salieron a la calle.

Ya dentro del sedán se miraron durante unos segundos en el más completo silencio hasta que, de una forma repentina, Cora se echó materialmente en sus brazos, buscándole los labios con verdadera ansiedad, y de nuevo Stiler perdió la noción de todo cuanto le rodeaba.

Tres minutos después, el sedán abandonaba el bordillo de la acera camino de la costa.

De nuevo la carretera de San Mateo. Silenciosos los dos.

Stiler con la mirada fija en la asfaltada cinta y ella con sus ojos clavados en él.

Hasta que preguntó:

—¿Qué deseas de mi además de besarme, Richard?

El trazo duro de la boca de Stiler se suavizó un tanto cuando sonrió.

—Háblame de Fay, querida —dijo—. De sus amistades, de todo lo que sepas. En general, ¿entiendes?

Cora se retrepó contra el asiento y entrecerró los ojos.

—Creo que te lo hemos dicho todo, Richard —murmuró suavemente.

—No estoy yo tan seguro, Cora. Ciertó que fue la propia Fay quien me habló de ustedes y de ella misma. Ciertó que la policía y en particular el teniente Falcom creen que es una chica modosita, sin amistades masculinas fuera de las horas de su trabajo. Pero eso no es todo. Tú eres su prima, habéis vivido juntas durante mucho tiempo. Por favor, Cora, haz un esfuerzo, se trata de su vida. ¿No puedes recordar nada?

Cora abrió los ojos del todo y los fijó en la carretera. Sin mirarle preguntó:

—¿Cómo por ejemplo...?

Stiler pensó rápidamente:

—Háblame de sus jefes, Cora. ¿Les conoces?

—Sí —replicó ella cada vez más extrañada, preguntándose qué diablos estaba fraguando—. Fay nos los presentó en una ocasión.

—Al decirme nos los presentó, debo entender que tus dos hermanos también estaban presentes, ¿no?

—Sí. Fue en una reunión familiar, el año pasado, cuando Fay cumplió años. Chett Powell y Dick Cassidy. Ambos son socios y jóvenes. Me hizo el efecto de que el primero se llevaba muy bien con Fay.

—¿Qué debo entender con eso de que se llevaban muy bien con tu prima?

Sin apartar los ojos de la carretera, Cora repuso, sonriendo:

—Nada de particular, Richard. Simplemente que creí notar que él la estimaba bastante. Fay es muy hermosa, ¿verdad?

Stiler no replicó a aquella pregunta, pero se limitó a formular otra:

—A esa reunión, ¿no fue alguien más?

—No, Richard. Nosotros solos y ellos. ¿Por qué?

Aquella pregunta, lo mismo que la anterior, también quedó sin respuesta.

—Y tus hermanos, Cora, ¿se llevaban bien con ellos? Quiero de...

El rostro de ella se ensombreció.

—Richard... —murmuró.

—Perdona, Cora. Sé que no debía decir esto.

Calló comprendiendo el velado reproche de ella.

No, no debió nombrarlo, pero era lo que verdaderamente

deseaba.

Deseaba saber muchas cosas de aquellos dos. Incluso de ella misma, pero no se atrevía.

No obstante, Jim o Joe habían asesinado a Liz y atentado contra la vida de Fay en varias ocasiones. ¿Cuál de los dos? ¿Uno solo, o los dos en combinación?

Stiler se sentía incapaz de contestarse a estas preguntas. Se sentía incapaz de continuar con aquel endiablado caso, y, no obstante, tenía que hacerlo.

Cierto que oficialmente nada le obligaba a ello. La policía, su amigo el teniente Falcom, le había pedido un informe y él lo había dado como otras muchas veces.

Un informe que él mismo, mejor que nadie, estaba seguro de que era el verdadero. Ahora, ante sí mismo, Stiler se encontraba en un verdadero dilema consigo mismo.

Fay Colman.

La bella y asustada pelirroja que había desaparecido de un modo inexplicable y máxime si se tiene en cuenta que él la había administrado un poderoso sedante.

¿Se fue por su voluntad o se la llevaron?

Si fue esto último, ¿quién pudo hacerlo? Ni Jim ni Joe Lyman, sus dos primos, lo hicieron. No tuvieron tiempo material para ello.

Por otra parte, sólo había un par de coches en la quinta. El del teniente Falcom y el suyo propio. Ninguno de los dos coches había sido usado.

¿Dónde estaba Fay Colman? ¿Asesinada también? Si era así, ¿por quién?

Stiler sacudió la cabeza pensando que aquella pregunta ya se estaba repitiendo demasiado.

Lanzó ahora una fugaz mirada a Cora, que continuaba con los ojos fijos en la carretera y continuó conduciendo. Pero fue cuando ya daban vista a la quinta, el momento que ella escogió para decir:

—¿Crees que también han matado a Fay, Richard?

Era la misma pregunta que él se había hecho infinidad de veces, y no supo contestar, aunque sí dijo, no muy convencido:

—No, Cora. No lo creo.

De nuevo quedaron silenciosos hasta que Stiler detuvo el sedán frente a los escalones del porche.

Cora descendió en primer término y, después, enlazados, entraron en la quinta.

Tres días, tres juntos desde que ella había entrado allí, y Stiler supo apreciar el sutil cambio que había en toda la casa. Incapaz de contenerse, una vez sentados en el *living*, muy juntos, dijo mirándola a los ojos:

—Estoy pensando en una cosa, muchacha.

—¿En qué? —preguntó ella acercándose a él un poco más.

—En que debes quedarte aquí para siempre.

—¿Es una proposición matrimonial, Richard?

—¿Tú qué crees, monina?

Cora no replicó, pero se echó materialmente en sus brazos. Durante unos segundos ambos permanecieron estrechamente unidos hasta que de pronto se separó de sus brazos con extrema violencia.

Stiler la miró extrañado. Cora exclamó:

—¡Oh, Richard! ¡Qué tonta he sido! Se me ha olvidado decirte una cosa —vaciló y añadió después—: Desde luego, no sé si esto será importante o no; pero creo que Fay empezó a mostrarse asustada desde que recibió aquella carta.

Stiler la prendió por los hombros enormemente excitado.

—¿A qué carta te refieres, ricura?

—Pues... no lo sé, Richard. Verás... Un día, antes de que el primer atentado ocurriera, Fay recibió una carta. Es decir, ella no estaba en la casa cuando se recibió. Joe fue el encargado de recogerla de manos del cartero y de entregársela después. Fay la tomó entre sus manos. Luego, yo misma lo vi, pareció sentirse súbitamente embarazada, sin saber qué hacer con ella, ¿me entiendes? Hasta que de una manera repentina abandonó nuestra compañía y se encerró en su habitación. Aquella noche no bajó a cenar, y cuando al día siguiente marchó a la oficina, estaba pálida y ojerosa. Tres días más tarde me sorprendió al decir en la mesa que alguien había disparado contra ella en la estación del ferrocarril. Le preguntamos qué había ido a hacer allí y replicó que tenía una cita con un admirador. Ahora, después de todo lo que ha ocurrido, sé que mintió en aquella ocasión. Luego lo de la propia Liz y... ¡Oh, querido! Lo he visto con mis propios ojos y no lo puedo creer. Que Jim o Joe hayan sido los que...

Calló cubriéndose de nuevo el rostro con las manos, sin que

Stiler replicara a su larga parrafada.

Cuando por fin lo hizo, Cora ya se había serenado un tanto. Dijo:

—Esto puede ser muy importante, Cora, pero ¿por qué no me lo dijiste antes?

—Porque no pensé en ello, querido. Ahora...

Nuevamente se interrumpió fijando sus rasgados y hermosos ojos en él.

—¿Qué piensas hacer, Richard?

Mintió:

—Ni el diablo lo sabe, monina. Y mientras lo averigua o no, voy a aprovechar el tiempo para besarte.

Dócilmente Cora le ofreció los labios, poniendo en los besos y en sus caricias todo un volcán, con lo que Stiler perdió la noción de todo, para no recuperarla hasta dos horas más tarde. Entonces se separó de ella muy lentamente, como si le costara un inmenso esfuerzo hacerlo, como así era en realidad.

CAPÍTULO XI

El sedán se deslizaba suavemente por la carretera mientras que frente al volante, Stiler pensaba que tenía que actuar rápidamente.

Su instinto le decía que tenía que entrevistarse con Joe Lyman, para hablarle de aquella carta, preguntándose si el primo de Fay Colman la habría abierto antes de entregársela, y si era así, por qué.

Si la había leído primero, él, únicamente él, podría decirle su contenido. Pero ¿querría?

Stiler estaba seguro de que negaría. Sabía de antemano cuál iba a ser la contestación de Joe Lyman, aunque confiaba en su intuición para saber si mentía o no.

A la entrada de San Francisco, Stiler cambió súbitamente de opinión.

Y lo hizo al pasar frente a las oficinas donde Fay había trabajado hasta el mismo día en que desapareció.

Detuvo el sedán frente a la puerta, descendió de él, cruzó la acera y unos segundos más tarde estaba frente al portero de la misma.

Encarándole preguntó:

—¿Míster Chett Powell? Por favor, ¿están arriba?

Y rápidamente consultó el reloj de pulsera.

Eran exactamente las seis y treinta minutos de la tarde cuando el uniformado portero dio la respuesta:

—Míster Powell y míster Cassidy se encuentran en las oficinas, pero no sé sí podrán recibirle. No obstante puede subir y preguntar a su secretaria. Piso decimoctavo, letra F.

Stiler dio las gracias y caminó hacia el ascensor preguntándose de paso por qué diablos se le había ocurrido ir allí.

Claro que Fay era una poderosa razón. Uno de los dos socios de la firma, Powell o Cassidy, podían decirle muchas cosas con respecto a la muchacha. Powell tal vez más que el propio Cassidy,

ya que éste, según palabras de la propia Cora, parecía interesarse por ella.

Pensando en todo esto entró en el ascensor, y cuatro minutos más tarde estaba frente a una de las puertas de un largo pasillo, en cuyo centro había un letrero en negro que decía:

POWELL Y CASSIDY, IMPORTADORES

Stiler empujó y penetró dentro.

Había un largo mostrador, detrás del cual se veían algunos empleados y empleadas, y junto al mismo, una muchacha de unos veinte o veintidós años que le hizo arquear una ceja con evidente asombro.

Stiler, si no hubiera sido Stiler, se hubiera tenido que retrepar contra el mostrador debido a la fuerte impresión que recibió a la vista de la muchacha.

Pero era Stiler y, por tanto, no hizo nada de eso. Simplemente, después de abrir mucho los ojos los entrecerró clavándolos en la pelirroja muchacha, mientras ella se levantaba de detrás de su pequeña mesa despacho e iba a su encuentro.

—¿Qué desea, míster...?

Stiler sonrió secamente mientras que sus ojos se mostraban mucho más duros que nunca.

—Ver a míster Powell o en su defecto a míster Cassidy. En cuanto a mi nombre, me llamo Richard Stiler. ¿O no lo sabías, Fay Colman?

La muchacha puso unos ojos como platos y replicó lentamente:

—Creo que se confunde, míster Stiler. Mi nombre es Helen Drive. Ahora, haga el favor de esperar unos segundos y les avisaré.

Dio media vuelta antes de que Stiler dijera algo más y desapareció por una de las puertas situadas al fondo.

Stiler no la perdió de vista ni un solo segundo hasta que la puerta se cerró a su espalda mientras multitud de preguntas le bailaban en la mente.

¿Qué significaba todo aquello?

¿Cómo era posible que Fay Colman, la desaparecida Fay, estuviera allí?

¿Por qué decía llamarse Helen Drive?

Con el ceño fruncido, Stiler esperó mientras que una nueva idea

nacía en su mente, de resultas de la cual, sus dedos empezaron a tabalear sobre el mostrador.

Al fin, la pelirroja que decía llamarse Helen Drive apareció por la puerta y se encaminó directamente hacia él.

—Míster Powell y míster Cassidy le recibirán a usted —dijo—. Venga por aquí, ¿quiere?

Stiler la siguió sin apartar sus ojos de ella y entró en el despacho.

Los dos socios estaban juntos y Helen o Fay se los presentó, retirándose a continuación.

Powell, de no más de treinta años, era todo un tipo de porte atlético, rubio y de ojos pardos y brillantes. Su socio, Cassidy, era un poco más viejo que él. Un par de años o tres. Era moreno y de grandes ojos negros, y, lo mismo que Powell, vestía elegantemente.

Fue Powell el que indicó uno de los sillones, diciendo:

—Siéntese, míster Stiler —él lo hizo y Powell añadió—: *Miss Colman* nos ha dicho que usted desea hablar con nosotros. Bien, ¿a qué se debe su visita?

Stiler les miró a los dos, sacó un paquete de cigarrillos, ofreció a ambos y, después de encender el suyo, disparó:

—Creo que aquí hay un error de bulto, míster Powell, y deseo subsanarlo antes de exponer el verdadero motivo de mi visita.

—De acuerdo, expóngalo. ¿De qué error se trata?

—De *miss Colman*, como usted acaba de llamar a esa pelirroja. Ella ha negado llamarse así. Me dio su nombre diciendo que se llamaba Helen Drive. ¿A quién debo creer?

La respuesta de Powell la interrumpió Cassidy, preguntando a su vez:

—¿No estará usted confundido, míster Stiler?

—Nunca me confundo. A esa pelirroja la llamé Fay, y ella contestó lo que les he dicho. Por tanto, mi pregunta es la de antes. ¿A quién debo creer?

Los dos socios se miraron y, acto seguido, clavaron los ojos en él, pero no replicaron ni movieron ni uno solo de sus músculos faciales. Simplemente, Powell se limitó a pulsar uno de los botones que había encima del tablero de la mesa.

Stiler esperó.

Fue poco, apenas unos cuantos minutos; la puerta se abrió

después de una suave llamada, hecha indudablemente con los nudillos.

Volvió el rostro. Era una mujer, como ya esperaba, pero no era Fay Colman o Helen Drive, como ella había dicho que se llamaba.

Aquélla era rubia y muy hermosa. Casi tanto como Cora Lyman.

—¿Llamaba, míster Cassidy? —preguntó.

Cassidy indicó con un gesto a Powell y ella se volvió para mirarle.

—Sí, *miss* Carter, pero no a usted. ¿Quiere decirle a *miss* Colman que venga?

La rubia y explosiva muchacha asintió en silencio. Dio media vuelta y Stiler clavó sus ojos en aquellas piernas de maravilla.

Ella no volvió la cara ni cuando cerró la puerta a su espalda. Por su parte, Stiler quedó con los ojos fijos en la misma, hasta que ésta se abrió de nuevo.

Pero no era Fay Colman.

Era la misma rubia que acababa de salir no hacía ni un par de minutos.

—¿Y bien, *miss* Carter?

En la cara de la muchacha se leía el más completo asombro, y su voz sonó tan extrañada como el gesto que había en su cara.

—Pues no lo sé, míster Powell —replicó—. *Miss* Colman no está en la oficina.

Durante unos segundos, el silencio entre los cuatro se hizo tenso. Silencio que rompió Cassidy, preguntando repentinamente:

—¿Qué quiere decir, *miss* Carter?

Ella miró a los tres mientras Stiler se ponía en pie.

—Que no está en la oficina, míster Cassidy. He preguntado, y, al parecer, nadie sabe dónde está. Nadie tampoco la ha visto salir.

—¿Ha preguntado en la portería?

—No, míster Cassidy. No me ha dado tiempo.

Antes de que respondiera, Powell tenía el auricular en la mano. Empezó a discar mientras Cassidy replicaba:

—Nada más, *miss* Carter. Y gracias.

La muchacha desapareció, Powell encaró a Stiler, que en pie, les miraba.

—No lo entiendo, míster Stiler —dijo—. Otras veces se ha marchado, pero nunca sin avisar. ¿Y dice usted que ella dijo que se

llamaba Helen Drive?

Stiler no replicó a la pregunta. Simplemente hizo otra.

—¿Puedo exponerles el motivo de mi visita?

—Claro. Hable, míster Stiler.

La respuesta de Powell sonó ahora un tanto seca, y Stiler guardó silencio por espacio de un par de minutos, al cabo de los cuales empezó:

—Se trata, como dije, de *miss* Fay Colman. Al parecer, esa pelirroja aparece y desaparece como por arte de brujería. ¿No es así?

Powell le indicó de nuevo el sillón y, mientras Stiler, con una extraña sonrisa en la boca se sentaba, inquirió:

—¿Qué quiere decir?

—¿Han leído ustedes los diarios?

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Entonces, por ellos sabrán que *miss* Colman ha sufrido varios atentados, ¿no?

Cassidy facilitó las cosas al intervenir ahora, rápidamente:

—Sabemos todo eso, míster Stiler. Sabemos también lo ocurrido en una quinta situada en la carretera de San Mateo —abrió mucho los ojos, como si recordara súbitamente y añadió—: ¡Claro! Usted es ese Richard Stiler, el dueño de la quinta donde mataron a la prima de *miss* Colman, ¿no?

La extraña sonrisa de Stiler no desapareció. Tampoco al decir:

—Efectivamente, míster Cassidy. Yo soy el dueño de esa quinta.

Powell intervino, ahora con voz incisiva:

—De acuerdo con todo esto, míster Stiler. Pero ¿quiere decirnos qué atribuciones tiene usted para interrogarnos? ¿Es acaso de la policía?

Stiler señaló el teléfono que había encima de la mesa.

—Eso es una cosa que no voy a decirle, míster Powell. Ahora bien, si desea saberlo, ¿por qué no telefonea al Precinto de policía y le pregunta al teniente Falcom del Departamento de Homicidios? Claro, que si usted tiene miedo a responder a mis preguntas...

Powell le, atajó con un gesto y acto seguido preguntó con voz fría:

—¿Qué desea saber?

Stiler se levantó, aplastó la colilla de su cigarrillo contra el

cenicero, volvió a sentarse, y respondió:

—Todo cuanto a ella se refiera, míster Powell. A ella y a usted. ¿Comprende?

—No, no comprendo. ¿Quiere explicarse sin dar tanto rodeo, míster Stiler?

—A eso voy. Según tengo entendido, usted está enamorado de *miss* Colman, ¿no?

—¿Qué tienen que ver mis asuntos amorosos con lo que estamos tratando?

Stiler no perdió la calma ni la sonrisa ante la incisiva pregunta de Powell.

Replicó a ella con la más completa tranquilidad.

—Eso es lo que estoy tratando de averiguar —dijo—. ¿Le correspondía ella?

Powell vaciló unos segundos y después repuso:

—No lo sé. Ésa es la verdad.

—¿Le escribió usted a su casa en alguna ocasión, míster Powell?

Powell frunció el entrecejo antes de contestar. Cuando lo hizo su voz sonó extremadamente cauta:

—Sí, en algunas.

Stiler se puso en pie por cuarta vez aquella tarde, y cuando los dos socios creían que iba a despedirse, disparó:

—Unos días antes de sufrir el primer atentado, *miss* Fay Colman recibió en su casa una carta, que la asustó. ¿Quiere decirme si fue usted quien la escribió, míster Powell?

Éste se puso en pie.

—¿Qué está tratando de endosarme, míster Stiler? —preguntó violentamente.

—Nada que usted no sepa, míster Powell. Simplemente, quiero decirle que, según lo que estoy empezando a sospechar, esa carta fue la que originó los atentados contra la pelirroja Colman. Una carta que pudo o no pudo usted escribir. ¿Quiere contestarme la verdad?

—La única verdad que puedo decirle es que no sé de qué me está hablando, míster Stiler, y que todo este estúpido interrogatorio pasa de la raya. ¿Comprende?

Como si no hubiera oído nada, Stiler continuó exponiendo su teoría.

—Miss Fay Colman fue conmigo a mi quinta en unión de sus cuatro primos. Estando allí, uno de ellos asesinó a su hermana por un error. Liz Lyman murió apuñalada cuando se encontraba en la habitación que le había sido destinada a Fay. Después del asesinato, yo preparé para Fay un poderoso sedante. Un sedante que la tenía que hacer dormir hasta bien entrado el día siguiente. No obstante, cuando Cora Lyman fue a buscarla a su habitación, Fay no se encontraba en ella. ¿Va comprendiendo a dónde quiero ir a parar, míster Powell? Alguien tuvo que sacarla de allí. ¿Quién? Aún no lo sé pero lo sospecho. Hoy, por una casualidad, vengo aquí y me la encuentro en su trabajo. Hablo con ella, la llamo por su nombre y me contesta que estoy equivocado, que se llama Helen Drive. ¿Por qué? Entro, empiezo a hablar con ustedes, y Fay Colman desaparece de nuevo, sin dejar rastro. Es chocante, ¿verdad?

—¿Nos acusa de todo eso a nosotros, míster Stiler? Si ella le mintió, eso no es cosa nuestra. Si desapareció de la quinta, sus motivos tendría. Ahora bien, que se le quite de la cabeza si piensa otra cosa, ya que entonces estaría equivocado, míster Stiler. La muchacha pelirroja que le recibió a usted, es Fay Colman. De eso puede estar usted bien seguro.

—¿Alguna aclaración más?

Esta pregunta la formuló Cassidy mientras Powell, después de su respuesta a la larga parrafada de Stiler, sacaba el pañuelo para secarse el sudor que perlaba su frente.

Mirándoles a ambos, Stiler dijo:

—No, nada más. Gracias por todo, y buenas tardes.

Sin esperar respuesta, y dejándoles un tanto asombrados por su brusca marcha, desapareció por la puerta andando a grandes zancadas.

Abandonó el edificio sin hacerse acompañar y salió a la calle. Unos segundos después quitaba el sedán de donde lo había aparcado, llevándole una cuadra más abajo. Descendió del mismo, y regresó a pie, caminando a buen paso...

CAPÍTULO XII

Muy cerca de las oficinas, Stiler penetró en un bar y caminó directamente hacia la cabina telefónica. Unos segundos más tarde estaba discando el número del teléfono de su quinta.

Cora se puso al otro lado del hilo.

—¿Diga...?

—Soy yo, Cora. Escucha...

—¡Richard! ¡Querido! Confieso que no esperaba tu llamada.

—Pues te he llamado. Atiende y no me interrumpas, monina. Se trata de que deseo que vengas ahora mismo. En el garaje hay un «Ford» de dos plazas. Sube a él y ven inmediatamente. Encontrarás las llaves en el armario ropero de mi dormitorio. ¿Te espero?

—Sí, claro —siguió una pequeña pausa y Cora preguntó—: ¿Ocurre algo?

Stiler no contestó a aquella pregunta. Simplemente dijo:

—Estoy en un «*snack*» situado frente a las oficinas donde trabajaba Fay. Procura venir antes de que salga el personal del trabajo. Por tanto... —hizo una pausa mientras consultaba el reloj y añadió—: Te quedan tres cuartos de hora. Haz lo posible, muchacha, por estar aquí en ese tiempo. Es importante.

—Voy ahora mismo, querido.

Colgó sin decir nada y fue a la barra, donde pidió un *whisky*. Luego, con el vaso en la mano, Stiler se corrió a la derecha y clavó los ojos, a través de la acristalada puerta, en la puerta de las oficinas de Cassidy y Powell.

Esperaba.

Esperaba ver salir a una mujer llamada Helen Drive o Fay Colman, o el diablo sabía su verdadero nombre.

Pero Fay o Helen Drive no salió. No salió tampoco nadie en todo el tiempo que permaneció esperando, hasta que vio cómo delante del «*snack bar*» se detenía el «Ford» que conducía Cora.

Vio abrirse la portezuela, la hermosa pierna de la muchacha en toda su profusión, y pensó que en el mundo, tan lleno como estaba de maravillas, no debía de haber hombres o mujeres que se entretuvieran en destrozarlas.

Cora empujó la puerta y fue hacia él con una maravillosa sonrisa.

Stiler no tuvo nada más que inclinarse un poco para besarla ya que ella le ofreció los rojos labios, apenas llegar a su lado.

Después se encaramó sobre el alto taburete y le miró con una pícaro sonrisa.

—Te gustan, ¿verdad? —preguntó.

Stiler sonrió y de nuevo clavó los ojos en sus maravillosas extremidades. Sin apartarlos de allí replicó:

—¿El qué? ¿Tus piernas? Son una maravilla, Cora, pero no te he llamado para eso, monina.

Y la miró ahora mientras ella replicaba:

—Eres decepcionante, Richard. ¡Y yo que creí que me llamabas porque no podías estar lejos de mí! Porque de nuevo deseabas besarme. ¡Eres el colmo, querido! Bueno, ¿qué ocurre?

—Aún no lo sé, Cora, pero se trata de tu prima Fay —hizo una pausa para sacar cigarrillos y, una vez que los hubo encendido, agregó—: Le he visto. Cora. Ahí dentro, en su oficina. Pero ella me ha dicho que estoy confundido, que se llama Helen Drive y no Fay Colman. ¿Entiendes tú eso, muchacha?

—¡A ver, querido! Explica eso que has dicho, pero poco a poco.

—He visto a Fay Colman en su oficina. Trabajando tranquilamente. Tal y como te estoy viendo a ti, querida...

Stiler siguió contando todo lo que había ocurrido desde que se enfrentó con Cassidy y Powell hasta que la llamó por teléfono. Terminó diciendo:

—Por eso te he llamado. Quiero que salgas a la calle, tomes el «Ford» y te estaciones junto a la puerta, y que salgas detrás de ella tan pronto como la veas aparecer. No la abordes ni te dejes ver. Con que me digas a dónde ha ido, será suficiente. Entretanto, yo te esperaré aquí.

—¿Qué es lo que sospechas, Richard?

—Aún no lo sé en concreto. Cora. Anda, vete, que faltan muy pocos minutos para que les veas aparecer por esa puerta.

Cora abandonó el taburete y salió a la calle. Stiler vio cómo empuñaba el volante y cómo después, maniobrando hábilmente, estacionaba el coche frente a la puerta de Powell y Cassidy.

Bebió lentamente y luego dejó el vaso sobre el pulido mostrador, sin apartar los ojos de la acristalada puerta. Hasta que les vio salir.

Hombres y muchachas.

Incluso creyó ver la figura de *miss* Carter, pero Fay Colman o Helen Drive no apareció.

Stiler esperó otro poco. Ahora no se equivocó, Cassidy y Powell salieron juntos, y les vio subir a un «Pontiac» ocho plazas pintado de color oscuro.

Entonces, comprendiendo que ya nada cabía hacer allí, Stiler alargó la mano y bebió hasta agotar el contenido del vaso. Hecho esto, asaltado de una súbita idea, abandonó la barra del mostrador y entró de nuevo en la cabina telefónica.

Discó, y unos segundos más tarde se encontraba preguntando por el teniente Falcom.

Cora, al abrir la puerta de la cabina telefónica, sólo pudo oírle decir:

—... en los hospitales, en las clínicas, en los lugares donde pueda haber uno de esos famosos cirujanos. Esperaré en mi quinta, Falcom.

Colgó sin más y ella se le colgó del brazo. Juntos fueron a la barra y, ya sobre los taburetes, Cora preguntó:

—¿Qué es lo que ocurre, Richard? Fay... Fay no salió de la oficina. ¿Por qué?

—Porque tuvo que hacerlo mucho antes. Tal vez mientras yo hablaba con Cassidy y Powell, muchacha.

—Pero... eso mujer... Tú dijiste que...

—Sí, lo sé, y por eso estoy dudando de todo. Fay Colman. ¡Cuernos, Cora! Es algo que sólo tiene una explicación.

—¿Qué es ello, querido?

Stiler volvió el rostro para mirarla.

—Creo que no te lo diré por ahora, Cora. Yo también puedo equivocarme. Anda, vamos, te acompañaré a la quinta.

—Pero ¿y Fay?

—Tendremos que esperar, Cora. Vámonos, ricura.

Ella saltó del taburete al suelo mientras preguntaba:

—¿Esperar a qué, Richard?

—A que el teniente Falcom se ponga en comunicación conmigo
—calló unos segundos y luego añadió—: Creo que ya tengo todos los hilos de la madeja, Cora.

El rostro de Cora se demudó.

—¿Quieres decir que ya sabes cuál de mis hermanos es el asesino de la pobre Liz?

Stiler, sin replicar, la tomó del brazo y tiró de ella hacia la calle.

Una vez en ella, miró el «Ford». Después la encaró, diciendo:

—Será mejor que lleves tú este coche. Ve delante, que yo te seguiré en el sedán. Lo tengo aparcado una cuadra más abajo.

Cora, que aún seguía pálida, penetró en el automóvil y se situó frente al volante.

Sin añadir una palabra más, sin besarla, Stiler dio media vuelta y caminó aprisa en dirección a dónde había dejado el sedán.

Llegó a él y abrió la portezuela para entrar, pero no lo hizo. Algo se lo impidió. Algo que había en el fondo del coche y que hizo que todos sus músculos se tensaran como cuerdas de guitarra.

Stiler permaneció unos minutos inmóvil, y después cerró la portezuela con llave.

Unos segundos más tarde atravesó la calzada y buscó una cabina telefónica. Discó un número y tuvo suerte, ya que al otro lado del hilo oyó la inconfundible voz del teniente Falcom.

—Policía... ¿Diga...?

—Soy yo, Ted —respondió Stiler.

—¿Otra vez tú? Oye, ¿es que no descansas nunca? Y, lo que es peor, ¿es que tampoco dejas des...?

Stiler le atajó:

—Tienes que venir inmediatamente, Ted. Alguien ha asesinado a Joe Lyman, y han metido su cadáver en mi coche.

Acto seguido, y, sin un solo respiro, dio la dirección y colgó.

Después, muy lentamente, Stiler abandonó la cabina telefónica y más despacio aún, se encaminó de nuevo hacia el sedán.

Junto al coche esperó con los nervios en tensión hasta que uno de los coches del Departamento de Homicidios, sin hacer uso de la sirena, aparcó detrás del sedán.

Stiler, mostrando un rostro duro como el granito, se adelantó hacia ellos cuando por la portezuela posterior vio salir al teniente

Falcom.

—¿Dónde está el cadáver, Richard?

Stiler señaló el sedán.

—Entre los asientos delanteros, Ted —dijo.

Sin replicar, Falcom se adelantó seguido de los demás. Stiler quedó rezagado, fumando pensativo, sin parar mientes en los curiosos que rápidamente se iban congregando en la acera.

Esperó mucho tiempo mientras sus pensamientos iban a Cora. Cora, que ya estaría llegando a la quinta. ¿Cómo decirle aquello? Costaría trabajo, pero no tenía más remedio que hacerlo.

Por otra parte, era mucho mejor que Joe Lyman hubiera muerto asesinado. De no ser así, hubiera ido a la silla eléctrica. A Stiler no le cabía la menor duda de ello.

Mientras continuaba pensando oyó la sirena de la ambulancia, cuando llegó y, después, cuando se marchó llevándose el cadáver del hermano de Cora.

Fue entonces cuando Falcom se acercó a él y preguntó:

—¿Qué te ha parecido esto, Richard?

—¿La muerte de Joe Lyman? Confieso que no lo esperaba —hizo una ligera pausa y añadió—: Pero ha sido mejor así, para él y para sus dos hermanos. Para Jim y Cora. Es decir, si Jim no está también complicado en este fregado.

Falcom soltó un respingo y dijo:

—Confieso que no entiendo, Richard. Explícate, ¿quieres?

La sonrisa de Stiler era en extremo dura. Sin replicar se limitó a tomarle del brazo y tirar de él.

Ya dentro de un bar, sentados al fondo del mismo, con sendos vasos de *whisky*, Stiler habló lentamente, después de beber un pequeño sorbo:

—Por causas que no sabemos aún, Joe Lyman atentó varias veces contra su prima. Su último atentado fue asesinar a su propia hermana por un error muy explicable dado que Liz se encontraba en aquel momento en la habitación de Fay Colman. Ahora le estorbaba al hombre que ideó todo este tinglado y por eso lo han quitado de en medio.

—¿Quiere decir que...?

—Verás, Ted, yo veo así las cosas. Alguien escribió una carta a Fay Colman, o tal vez, por un error, ella recibió algo que no era

suyo. Puede que se enterara entonces de alguna cosa que no debía saber y a partir de entonces empezaron a perseguirla con objeto de quitarla de en medio. El encargado de hacerlo fue su primo Joe, pero falló. Este fallo es el que le ha causado la muerte.

—Bien, sabueso —replicó Falcom—. ¿Quieres decirme ahora quién era la pelirroja que tú viste en la oficina? Ella negó ser Fay Colman, ¿no?

—Sí. Y Cassidy... Bueno, tanto Cassidy como Powell afirmaron lo contrario. Pero cuando la llamaron para preguntarla delante de mí, ella había desaparecido, como ya sabes. ¿Qué hay de mi encargo?

—Ninguna mujer llamada Helen Drive ha sufrido ningún accidente en estos últimos días, Richard. Por tanto, no he tenido que hacer más gestiones. Estimo que no eran necesarias. ¿A ti te dice algo eso?

—Tal vez —replicó Stiler con gesto evasivo.

Bebió de nuevo y añadió:

—Por lo pronto, que esa mujer era Fay Colman.

—Entonces, ¿por qué mintió cuando la llamaste?

La respuesta de Stiler no se hizo esperar:

—Por miedo. Algo la está asustando en esa oficina tanto o más que los atentados que estaba sufriendo, Ted.

—Oye, no me dirás que sospechas de Cassidy y Powell, ¿verdad?

Stiler contestó con otra pregunta:

—¿Qué hay de Nueva York, Ted?

Falcom frunció el ceño.

—Nada aún, Richard. Y ahora, ¿quieres decirme de una vez lo que ocurre dentro de tu cabeza?

Stiler esbozó una fría sonrisa. Después replicó:

—Muchas cosas y ninguna. Y del «Cadillac», ¿se sabe algo?

—Por esa parte nada se ha podido averiguar. El «Cadillac» era robado. Su dueño denunció el hecho a la policía veinticuatro horas antes de que atentaran contra Fay Colman.

El interés de Stiler se mostró en una sola pregunta, que sonó a los oídos de Falcom como un disparo.

—¿Quién era el propietario, Ted?

—Chett Powell, Richard. Pero como ya te he dicho...

—¡Sé lo que me has dicho! —atajó Stiler—. Pero eso no me dice

nada.

—¡Cuernos, Richard! ¡Ya has puesto tus sospechas sobre míster Powell! ¿Por qué?

Stiler sonrió y el trazo de su boca se hizo aún más duro con aquella sonrisa.

—Son simples sospechas, Ted. Pero si consigo probarlas, tú lo sabrás con tiempo para intervenir.

Se puso en pie con ánimo de dar media vuelta y alcanzar la calle; pero Falcom intervino de nuevo, atajándole, con una pregunta:

—¿Qué hay de Fay Colman?

—Eso es algo que no sé. No sé si se marchó mientras yo hablaba con esos dos, o se quedó dentro del edificio.

—¿Quieres decir que...?

—Si fue esto último, Ted, es porque alguien la impidió salir. Alguien o algo. Y te confieso que esto es lo que más me choca. Sé que ni Powell ni Cassidy pudieron hacerlo en modo alguno ya que se encontraban conmigo. Entonces, ¿quién y por qué?

—Jim Lyman, Richard.

Stiler sonrió de nuevo.

—Tocado, Ted.

Falcom se puso en pie también. Preguntó:

—Entonces, ¿tú crees que *miss* Colman está aún dentro de ese edificio?

—Si fuera así, no la encontrarías viva, Ted, puedes creermelo.

—Explícate, Richard. ¿Es que voy a tener que sacarte las palabras del cuerpo con un sacacorchos?

—Mira, Ted, esa muchacha no está dentro del edificio. Me juego el cuello y sé que no lo perdería.

—Entonces, ¿dónde cuernos se ha metido? ¿Por qué sabes que no está allí? ¡Aunque sea muerta, Richard!

Ante el estupor de Falcom, Stiler dijo:

—Ahora es cuando creo que todos estos atentados no han sido nada más que algo muy burdo para asustarla, Ted.

—¡Cuernos! ¿Y el asesinato de Liz Lyman?

—Escucha, Ted Falcom —replicó Stiler—. Deja de hacer preguntas o acabaré por no saber ni lo que digo. ¿Comprendes? Pero puedes tener la seguridad de que hoy por hoy, Fay Colman no

corre peligro de muerte, aunque sí de otra cosa.

Giró hacia la puerta y Falcom tuvo que andar a grandes zancadas para lograr alcanzarle.

Pero no lo consiguió antes de que Stiler pudiera detener un taxi.

Cuando llegó a su lado, él ya estaba en el interior del vehículo, esperándole.

—Voy a intentar descansar en cualquier hotel, Ted —dijo apenas Falcom se acercó a la ventanilla del taxi—. Cuida de que tus hombres acaben pronto con mi coche.

—¿De veras vas a un hotel, Richard?

—¿A qué otro sitio puedo ir?

—Creí que irías a tu quinta para darle la noticia a *miss* Lyman. Confieso que no es nada agradable pero...

—No, no es nada agradable, Ted. Por eso prefiero dejarlo para mañana. Con la luz del sol, todo se ve diferente, aunque el significado de la muerte sea el mismo.

Sin esperar respuesta, Stiler se inclinó hacia adelante y dio una dirección, que Falcom oyó perfectamente. Pero cuando el coche se puso en marcha, habló de nuevo con el conductor, y éste tomó distinta dirección.

CAPÍTULO XIII

Media hora más tarde, Stiler estaba frente a la puerta del apartamento que ocupaban los miembros de la familia Lyman, ocupado ahora por Jim.

Sin un segundo de indecisión, Stiler pulsó el zumbador y esperó.

Pasaron tres o cuatro minutos en el más completo silencio, sin que nadie contestara a la llamada, y sin que nadie viniera a abrir la puerta.

Stiler pulsó de nuevo el botón zumbador mientras que extraía la automática de la funda sobaquera para pasarla al bolsillo de su chaqueta.

Apenas lo hubo hecho, cuando oyó los pasos de una persona, pasos que se detuvieron detrás de la puerta.

—¿Eres tú, Joe?

Stiler vaciló un segundo antes de responder:

—Soy Stiler, míster Lyman. Abra, que es importante.

Al otro lado de la puerta, Jim Lyman vaciló levemente y después abrió. Al franquear la entrada, Stiler se encontró frente a frente con el cañón de una pesada automática.

—Buenas noches, míster Stiler. Pase, si no tiene miedo.

Sin dejar de apuntarle, Jim Lyman se apartó de la puerta y Stiler entró. Apenas lo hubo hecho, Lyman encajó el pestillo empujando la puerta con el pie, y, encarándole, agregó:

—Usted delante, míster Stiler.

Obedeció en silencio mientras que multitud de ideas se agolpaban en su cerebro, hasta que ambos se introdujeron en el *living*.

—Siéntese, ¿quiere?

—Muy amable de su parte —replicó Stiler cargado de ironía.

Señaló la automática, que no dejaba de apuntarle un solo segundo e inquirió, sentándose en uno de los sillones:

—¿Qué significa eso, míster Lyman? ¿Miedo?

—No. Simple precaución —hizo una pausa y añadió en tono frío

—. Bueno, míster Stiler, ¿por qué no desembucha de una vez y se larga con viento fresco?

Stiler acercó la mano al bolsillo interior de la chaqueta y preguntó:

—¿Puedo fumar?

—¡No! Por lo menos no voy a ser tan tonto como para dejarle que introduzca la mano en uno de sus bolsillos, Stiler. Si quiere tabaco —señaló la mesita ratona— puede tomarlo de ahí.

Stiler alargó la mano, tomó un cigarrillo, lo encendió pausadamente y después, mirándole a los ojos, espetó:

—Su hermano Joe ha muerto. Asesinado, míster Lyman. Por tanto, no creo que tarde mucho en tener aquí la visita de la policía. ¿No tiene nada que decirme?

Jim Lyman retrocedió un par de pasos, y después, con el rostro un tanto pálido, replicó con voz ronca:

—No puede ser. Está usted mintiendo, Stiler.

La sonrisa de Stiler se hizo cuadrada.

—Tome el teléfono y telefonee al Precinto. Alguien lo asesinó y tuvo la humorada de meterlo en mi coche. ¿Dónde estaba usted a eso de las nueve o las diez y media, míster Lyman?

Lyman masculló una imprecación antes de replicar. Luego, cuando lo hizo, su voz presagiaba tormenta.

—¡Aquí! He estado aquí toda la tarde. Solo. Por tanto, ya lo sabe. No tengo coartada —apretó fuertemente la automática y masculló sordamente—: ¡Márchese ahora que puede, Stiler! ¡No maté a Liz, ni tampoco he matado a mi hermano Joe! ¡Métase eso en la cabeza y saldrá ganando!

Stiler se puso en pie sin dejar de mirarle. Después dijo:

—¿Qué sabe usted de un hombre llamado Dick L. Burton, Lyman?

La respuesta de Lyman no tardó ni medio segundo en producirse.

—No sé de qué me está hablando, Stiler —dijo.

Stiler no perdió la calma por aquella respuesta, sino que replicó pacientemente:

—L. Burton pertenece a la firma L. Burton, de Nueva York.

Notarios, míster Lyman. Ese hombre fue asesinado apenas llegar a San Francisco. Le mató una persona que conducía un «Cadillac» matrícula de Chicago. El mismo «Cadillac» desde el cual dispararon con una metralleta contra su prima Fay. ¿No le dice a usted eso nada?

—Sigo sin saber a dónde quiere usted ir a parar, Stiler, y mucho menos, cuál es su interés en todo esto.

—¿Interés? El corriente. Simplemente el corriente. En cuanto a dónde quiero ir a parar, se lo diré ahora mismo, y en pocas palabras. Ese «Cadillac» es propiedad de míster Powell. El coche le fue robado a él veinticuatro horas antes del atentado de su prima. ¿Tampoco sabe de qué le hablo, Lyman?

—No. No lo sé. ¿Qué diablos está dándome a entender?

—Usted lo sabe tan bien como yo, Lyman. Su hermana Liz murió asesinada, Fay, su prima ha desaparecido —y no quiso decirle que él la había visto no hacía muchas horas—. Ahora, su hermano también ha sido liquidado. ¿Por qué? ¿Por qué no es sincero y se franquea conmigo, Lyman? ¿Quién y por qué atentó contra la vida de su prima? Bueno, al quién ya lo sé. Ahora, lo que falta saber, es por qué. ¿Qué había en el sobre que ella recibió y le asustó tanto, Lyman? Usted lo sabe. ¿Por qué no habla?

La risotada de Lyman le interrumpió en seco. Luego miró la automática, que ahora se movía nerviosamente, y clavó sus grises y fríos ojos en él.

—Lárguese con viento fresco, Lyman. Nada sé, y, por tanto, nada voy a decir. Tengo... tengo bastante con la muerte de mi hermano. ¿No?

—Sí. Puede que sí, Lyman. Pero no olvide una cosa: el mismo que mató a su hermano le matará a usted también si se descuida.

—Pierda cuidado que no me descuidaré, Stiler. Ahora, se marcha ya, ¿verdad?

Stiler no replicó. Dio media vuelta y se encaminó a la puerta llevándole detrás, pensando que, o era tonto o sabía lo que iba a ocurrir a continuación.

No volvió una sola vez la cabeza atrás cuando empezó a andar hacia el ascensor.

Una vez junto a la puerta del mismo, Stiler pulsó el botón de llamada y esperó a que éste subiera a su encuentro.

De nuevo en la calle, Stiler retrocedió varios pasos y se ocultó en uno de los portales, ahora con el pensamiento puesto en Cora. Cora, que se mostraría extrañada al ver que él no la había seguido.

Mientras no se le ocurriera tomar de nuevo el «Ford» y regresar para, buscarle, la cosa iría como sobre ruedas.

Frente a él, brillaban las luces de una cabina telefónica. Stiler luchó en forma denodada con sus nervios por no cruzar la calle, penetrar en ella y ponerse en contacto con el teniente Falcom, contándole de una vez todo cuanto creía saber de aquel asunto, decirle cuáles eran sus sospechas, por muy descabelladas que fueran, y decirle, sobre todo, lo que había hecho aquella noche después de separarse de él.

Pero Stiler no lo hizo.

Permaneció en el portal, a oscuras, sin fumar, asomándose de vez en cuando, una y otra vez, hasta que tuvo la idea de haberse equivocado. Si era así, todas sus sospechas se reducirían a la nada.

Estaba pensando en marcharse a dormir, cuando vio aquel taxi que lentamente se iba acercando al bordillo de la acera.

En el acto tuvo la intuición de que el vehículo había sido llamado por Jim Lyman. Por tanto, sacó la cabeza fuera del portal y miró. Efectivamente, el taxi acababa de detenerse frente a la misma.

Stiler miró en torno, y por una de esas raras casualidades tuvo suerte.

Una endiablada suerte, como diría él después, ya que asomando por la esquina inmediata, vio a otro, libre.

Hizo una seña y el taxi se detuvo frente a él. Stiler se introdujo dentro y apremió:

—Dé marcha atrás y retroceda un poco, amigo. Después, procure no perder de vista a ese otro taxi que tenemos delante. Cincuenta dólares si lo consigue.

—No se preocupe que no lo perderé.

Aún pasó más de un cuarto de hora antes de que Stiler viera la figura de Jim Lyman, primero salir del edificio donde tenía su apartamento, y después entrar en el taxi, que arrancó al instante.

Mientras el que ocupaba se ponía en movimiento, sus pensamientos volaron de nuevo hacia Cora y, después, a medida que atravesaban todo San Francisco, hasta alcanzar la carretera de Oakland, pensó en todo lo ocurrido hasta entonces.

Recordó a la pelirroja Fay. Recordó muchas cosas y en todo el camino no hizo otra cosa que anudar cabos sueltos para, después, desanudarlos de nuevo.

Sabía, casi estaba seguro del significado de todo. De los atentados, del asesinato del notario Dick L. Burton, de la muerte de Joe Lyman y, sobre todo, ahora que lo pensaba bien, del porqué la pelirroja había negado llamarse Fay Colman.

Sólo le faltaba saber una cosa con certeza. El verdadero significado de todo aquello. Más que el significado en sí, el motivo de todo.

—Creo que estamos llegando.

La voz del conductor del taxi cortó el hilo de sus pensamientos, volviéndole a la realidad.

Una quinta.

Una quinta lo mismo que la suya, pero está situada en la carretera de Oakland.

Repentinamente vio desaparecer el taxi que iba delante y replicó:

—Sí. Por lo visto van a esa quinta que se ve a la izquierda. Haga el favor de detenerse un poco antes de llegar. Yo continuaré a pie desde aquí.

El taxi se detuvo y Stiler sacó un billete de cien dólares y se lo alargó, diciendo:

—Regrese a San Francisco a toda prisa. No tema por las multas, que no las habrá si dice a quién lo detenga lo que yo le diga. Simplemente, que tomé este taxi y le dije que me trajera aquí. ¡Ah! Mi nombre es Richard Stiler. Por tanto, si no le detiene la policía de tráfico, tan pronto como llegue a San Francisco telefónee al Precinto de policía y pregunte por el teniente Falcom del Departamento de Homicidios. Dígale lo que le he dicho y nada más. Lo hará, ¿verdad?

El taxista le miró unos segundos en silencio, alargó la mano, guardó el billete en su bolsillo y respondió:

—No se preocupe que lo haré, míster Stiler.

—Gracias.

Descendió del coche y, después de saludar con la mano izquierda, mientras que con la derecha palpaba la culata de la automática, Stiler avanzó hacia el ancho camino que desde la

misma carretera iba a morir junto a los escalones del porche de aquella quinta.

Una quinta en la cual había entrado Jim Lyman. Y Stiler sabía que de ella el hermano de Cora no saldría vivo.

Lyman había ido a liquidar una cuenta. A liquidarla con plomo, y completamente solo. Una imprudencia que le iba a costar la vida si él no llegaba a tiempo.

Si a él no le cazaban también.

Antes de penetrar en el camino, aún tuvo tiempo de ver cómo el taxi que le había traído hasta allí daba media vuelta y emprendía el camino de San Francisco a todo gas.

Sonrió con dureza cuando sus pies resbalaron por la grava del camino y continuó sonriendo cuando se escondió detrás del grueso tronco de un árbol con objeto de que el taxista que había traído a Jim Lyman no le viera a él.

Después, sin abandonar el amparo del árbol, Stiler volvió el rostro hacia atrás y ya no se movió hasta que no vio desaparecer los faros pilotos del coche.

Entonces se encaminó directamente hacia la quinta, pensando en Fay. Pensando en la pelirroja, y en lo estúpidos que habían sido, tanto el teniente Falcom como él mismo.

Falcom había hecho indagaciones tratando de averiguar si una mujer llamada Helen Drive había sufrido algún accidente en los últimos días. El resultado había sido negativo y Falcom se había dado por satisfecho con aquello y ya no había continuado indagando.

Aquello había sido una equivocación. Un enorme error que él había sufrido también. Porque si no se equivocaba, si sus sospechas eran ciertas, la clave de todo aquello estaba en la negativa de la pelirroja, cuando dijo llamarse Helen Drive y no Fay Colman.

Por tanto, Falcom debía continuar investigando. Pero tanto el uno como el otro, ambos habían cometido un error. Un error que tal vez le costó la vida a Joe Lyman.

Después, estaban los atentados. ¿Deseos de asustar a Fay Colman?

Stiler creía que sí a pesar del asesinato de Liz Lyman. Aquello fue un error que cometió Joe Lyman, y que bien pudiera ser que nada tuviera que ver con lo ocurrido anteriormente a Fay.

Stiler alcanzó la quinta y dejó de divagar tan pronto como dio vista a la misma, calculando *in mente*, cuántas personas podría haber dentro.

Cuatro.

Cuatro, contando a Jim Lyman.

Se fue acercando lentamente sin abandonar el amparo de los árboles y después se detuvo detrás del tronco de uno y miró sin apartar la mano de la culata del arma.

No había nadie a la vista. Escuchó. Ni el más leve rumor rompía la calma de la noche.

Stiler abandonó ahora el amparo del tronco del árbol y rápidamente cruzó el terreno descubierto que había desde allí a la puerta de la quinta, clavando sus ojos en el «Cadillac» matrícula de Chicago que había aparcado frente a los cuatro escalones del porche.

Con los dedos agarrotados en torno a la culata, y el índice acariciando el gatillo, Stiler los subió. Acto seguido tanteó la puerta.

Miró en torno y luego lo hizo a la fachada de la quinta. Había un par de abiertas ventanas, pero estaban demasiado altas para poder trepar a ellas sin ayuda alguna.

Incluso vio luz en una de ellas.

Pensó ahora en la puerta trasera. Stiler estaba seguro de que había una. Una puerta, que lo mismo que en su quinta, daría a la leñera. De allí una escalera que iría a parar a la cocina. Una vez en ella, todo sería fácil.

Se volvió. Dio dos pasos con ánimo de rodear la finca, pero no llegó ni a intentarlo. Algo cayó brutalmente contra su nuca y estrelló la cara contra el duro mármol del suelo.

CAPÍTULO XIV

Despertó, mirando entorno.

Estaba caído, ya en el interior de la quinta, sobre el alfombrado del suelo, en el espacioso *hall*, iluminado profusamente por una gran lámpara que colgaba del centro del techo.

Continuó mirando en torno, y su sonrisa se hizo dura cuando sus ojos tropezaron con los de Cassidy. Después fue Powell, y más allá, con el rostro tumefacto, Jim Lyman.

Stiler se sentó en el suelo al parecer sin darse cuenta de que eran dos las automáticas que le estaban apuntando. Luego encaró a la pelirroja.

A la mujer que dijo llamarse Helen Drive. Una mujer que también mostraba en su cara la huella de algunos golpes. Pero una mujer que también llevaba ahora una automática en la mano, con la cual le estaba apuntando.

—Buenas noches, *miss* Drive —dijo fríamente poniéndose en pie, con lo que la automática de Powell le apuntó rectamente a la cabeza.

—Buenas noches, querido —replicó ella mientras que Jim se enderezaba sobre el asiento que ocupaba mirándola con los ojos agrandados por el estupor—. ¿Cuándo lo supo?

—¿Qué usted era en realidad Helen Drive y no Fay Colman? Creo que no le he sabido con certeza hasta verla a usted ahora, *miss* Drive. Fay Colman nunca me hubiera apuntado con una automática, y nunca hubiera negado su personalidad.

—¿Sólo por eso?

La sonrisa de Stiler no reflejó ahora dureza alguna.

—No, querida —replicó después—. Nada de eso. Simplemente que tú estás haciendo un papel, no muy lucido por cierto. El de actriz. Pero el de una actriz mediocre. ¿Comprendes, ricura? Te sabías el papel asignado pero cometiste un error bastante

disculpable. Míster Cassidy y míster Powell te habían presentado, de lejos, a todos los miembros de la familia Lyman. Tú ya sabías cómo tenías que comportarte con ellos en un caso dado. Pero llegué yo llamándote Fay Colman. No sé lo que pasaría por ti, pero te equivocaste dándome tu verdadero nombre. Después, cuando te diste cuenta de tu equivocación, te marchaste de allí. Creí que esos golpecitos que llevas marcados en la cara son como pago a tu error, ¿verdad, monina?

Stiler calló durante unos segundos, y, en vista de que nadie le decía nada, añadió:

—Supongo que es cirugía plástica, ¿no?

Powell, con una risita, dijo:

—Es cirugía plástica, Stiler, pero usted no podrá decirlo nunca. A partir de este momento, ella se llamará Fay Colman. Tiene toda su documentación en regla. ¿Comprende? La documentación de la verdadera Fay Colman, Stiler. Ésta nos hace falta para una cosa. Una vez arreglada, nosotros tres nos iremos de San Francisco. México o cualquier ciudad fuera de los Estados Unidos, en América del Sur, será un sitio ideal para nosotros. Esto nos llevará aún un par de días, Stiler. Tal vez menos, si las cosas se presentan tal y como ahora.

—¿Qué cree usted que hará el teniente Falcom cuando note mi desaparición?

—Será demasiado tarde, Stiler. Pero aunque no lo fuera, para usted será igual, ya que no estará, vivo. Por otra parte, Helen está aleccionada sobre lo que tiene que hacer. Antes de nada, irá a su quinta de usted y se pondrá en contacto con su prima Cora Lyman, ¿comprende, Stiler? Cora Lyman nunca sabrá que no lo es. Ella, como todos, creerá que es Fay Colman y se dejará llevar a dónde Helen quiera. Por eso, el teniente Falcom no sabrá nunca la verdad de lo que le pasó a usted, hasta que ya sea demasiado tarde, Cora Lyman se encargará de decir que usted y su hermano Jim han ido a Nueva York, a hacer unas diligencias referentes al asesinato del notario Dick L. Burton. Falcom se estará quieto durante más de veinticuatro horas. Las suficientes para que nosotros ya estemos lejos de San Francisco y sus autoridades. ¿Satisfecho?

Stiler no replicó de momento. Seguido por las automáticas de Helen Drive y Powell, que no le perdieron de vista ni un solo

segundo, cruzó la estancia y se dejó caer sobre uno de los sillones acariciándose la maltratada cabeza.

Después les miró de uno en uno, y preguntó encarando a Cassidy:

—Y usted, ¿qué papel tiene en todo esto? —preguntó.

—Hasta ahora el de socio de Powell. A partir de este momento, del momento en que usted ha entrado aquí, el de simple espectador. ¿Algo más, míster Stiler?

Miró ahora a Powell y continuó con otra pregunta:

—¿Y todo esto, por qué?

Powell replicó, preguntando a su vez:

—¿No lo sabe?

—Con seguridad, no.

—Le creí más listo.

—Pues ya ve que no lo soy hasta ese extremo, Powell. Sospecho algo, pero no sé hasta qué punto estaré en lo cierto. Una herencia, ¿verdad?

—Es usted demasiado listo, Stiler. Ahora, supongo que también me va a decir el porqué de los atentados contra Fay Colman.

Stiler le miró largamente mientras su cerebro trabajaba a marchas forzadas. Mientras se decía a sí mismo que tenía que ganar todo el tiempo posible, hasta que el teniente Falcom llegara allí.

Por tanto, al cabo de unos cuantos minutos replicó:

—No sé si mi cerebro será capaz de adivinarlo todo, Powell. Pero si no es así, espero que usted me diga el resto. Empiezo, pues: Creo que Fay y usted... Bueno, lo diré de otro modo. Fay y usted eran prometidos u otra cosa análoga. Las relaciones entre ustedes dos eran lo suficientemente íntimas como para que ella se franqueara con usted hasta el punto de que llegó a contarle lo de la herencia. Supongo que sería lo suficientemente cuantiosa como para hacerle concebir un plan para apoderarse de todo. ¿No es eso? Primero envió una carta a la muchacha diciéndole que no se fiara de sus primos, que éstas estaban al tanto de la herencia y querían apoderarse de ella.

»Antes, o al mismo tiempo, se puso en contacto con Jim y Joe Lyman, sus primos. Sospecho que su primer plan fue aterrorizarla por medio de Joe, ofreciéndoles, claro está, una buena parte de la herencia. Ellos son también empleados de varias empresas, y, por

tanto, les tentó la codicia sabiendo que si Fay cobraba la herencia, ninguno tendría un solo centavo. Aceptaron. Sometiéndola al terror, usted contaba para después, hacer que ella le firmara una cesión de sus bienes ya que en sus cálculos no entraba el casarse con ella, o bien hacerla pasar por loca, con lo que los bienes irían a parar a manos de alguno de los primos. En este caso, fue cuando ideó matarla. Cuando usted, Powell, se dio cuenta, que si la policía, que ya estaba sobre ascuas, la daba por loca, se quedaría sin un solo centavo y todo su plan, elaborado de una manera hartó burda y descabellada, se Vendería abajo.

»Como digo, ideó matarla. Pero para ello le hacía falta una sustituta y más si se tiene en cuenta, que usted, conduciendo su propio coche, fue a esperar al notario Dick L. Burton y le mató apoderándose de toda la documentación que traía. Una documentación que no deseaba en modo alguno que cayera en manos de Fay Colman. Dicha documentación la destruyó. La destruyó y mató al notario, para dar tiempo a buscar la mujer que se prestara a una farsa como ésta. Una mujer que no tuviera escrúpulos de ninguna clase. La encontró en la persona de Helen Drive. Una vez conseguido esto, sólo le cabía esperar a otro notario, sabiendo que la firma L. Burton, de Nueva York, le enviaría inmediatamente. Ahora, sólo tiene que presentarse ante él, con el nombre de Fay Colman, para cobrarla, ¿no?

—Ya le he dicho que es una lástima que sea tan listo, Stiler. Un siquiatra como usted nunca debió meterse a policía. Ha sido, en verdad, lastimoso. Y dígame, Stiler; ¿quién asesinó a Joe Lyman?

Stiler sonrió mientras Jim Lyman alargaba aún más el cuello hacia él, como no deseando perderse una sola sílaba de la respuesta de éste.

—Usted o Cassidy. Para el caso es igual. Joe murió porque fue él quien mató, por error, a su propia hermana. Tengo la completa certeza de que él vino y habló con usted o Cassidy, y les dijo que aquello, aun para él mismo, era demasiado fuerte. Una cosa era Fay Colman, prima lejana, y otra muy distinta su propia hermana. Puede también que aún estuviera más podrido y les dijera que ya que mató a su hermana, quería la mayor parte de la herencia para él. ¿Cuál de las dos es la verdadera versión, Powell?

Éste lanzó una tenue risita. Después replicó:

—Las dos, y acaso por partes iguales. Joe se encontraba desesperado por lo que había hecho. Desesperado por el asesinato de su propia hermana, pero al mismo tiempo quería tres cuartos de millón para él solo. Naturalmente, me negué, y entonces me dijo que como su conciencia no le dejaba vivir después de la muerte de Liz, que si no aceptaba, iría con el cuento a la policía. Le dimos veinticuatro horas para contestarle y el muy estúpido aceptó. Cassidy le mató, y entre él y yo le metimos en su coche, Stiler. ¿Algo más?

—¿A cuánto ascendía esa herencia y de parte de quién?

Powell rió, ahora abiertamente.

—Del padre de Fay, Stiler. El padre de Fay se separó de su mujer hace tiempo. Cuando ella murió, no quiso saber nada de su hija. Por tanto, ésta quedó con sus primos. Pero después, mucho después, cuando éste murió, tal vez su conciencia le reprochó algo y legó todo lo que poseía a la hija, la cual, como ya ha sospechado, mantenía relaciones íntimas conmigo. Un millón de dólares contantes y sonantes. Ofrecí a los hermanos Lyman medio millón para que me ayudaran a aterrorizarla con objeto que fuera ella misma la que se diera muerte.

Pero Fay empezó a sospechar algo, y más cuando cometí el error de enviarle aquella carta. Varias veces había visto a sus primos conmigo y empezó a sospechar. Por otra parte, la policía, que podía darla por loca, y las exigencias de Joe Lyman porque activara todo este plan, me hicieron concebir la idea de acabar con ella. Joe se encargó, pero cometió la estupidez de matar a su propia hermana —calló ahora mirando a Helen Drive y después de unos segundos de silencio añadió como hablando consigo mismo—: Cirugía plástica, cirugía estética o como quiera llamarse. Sea como sea, da unos resultados maravillosos, aunque hay que pagar caro para ello.

Stiler hizo ahora otra pregunta, mucho antes de que Powell pudiera añadir nada más:

—¿Qué ha hecho de Fay Colman, Powell?

Éste le miró lleno de asombro.

—Creí que ya lo sabía, Stiler. Fay ya no dará más trabajo. La pobre descansa ahora. Verá, Stiler, Fay estaba tan aterrorizada cuando ocurrió la muerte de Liz, que, a pesar del sedante que usted le dio, no logró calmarse. Por tanto, por la mañana abandonó la

quinta, haciéndolo por la ventana, fue a la carretera y practicando el «auto *stop*» se vino a San Francisco. Ella me contó todo lo ocurrido allí, y, bueno, no tuve más remedio que deshacerme de ella. Helen facilitó las cosas al prestarse a una operación quirúrgica como ésa.

—Supongo que la conocería de antiguo, ¿no?

—Sí. Nos conocíamos desde hace algunos años. Por eso no me fue difícil convencerla. Ahora ella tendrá su parte, además de venirse conmigo a Sudamérica.

—Y Jim, ¿qué papel tiene en todo esto, Powell?

—El mismo que usted, Stiler. El de cadáver —replicó Powell con macabra ironía.

—No me refería a eso. Sino a su participación en...

—Lo sé, Stiler. Jim es un buen chico. Jim sabía todo aquello, pero no quiso meterse en nada. Claro, que no sabía lo que iba a ocurrir. Ya en una ocasión, y cuando yo mismo conduciendo mi «Cadillac», cuyo falso robo había denunciado con antelación, intenté matar a Fay disparando contra ella, él la derribó al suelo evitando que pudiera alcanzarla. Después de lo de Liz le tuve vigilado porque sabía que ocurriría lo de esta noche. Hay que conocer a Jim a fondo, para saber cómo reaccionará en un momento dado. Por eso yo sabía que él no iría a la policía. Que se tomaría o querría tomarse la justicia por su mano. Parte también, porque si denunciaba el caso, él iría a parar a la cárcel como cómplice o encubridor de ciertos atentados criminales, y de un asesinato. ¿Comprende? Por lo demás... Vino aquí cuando usted le dijo que su hermano había muerto. Le estábamos esperando lo mismo que a usted, Stiler. Cuando Jim nos contó que le había visto, supusimos eso, que vendría. Y cometió una equivocación al venir solo.

—¿Y si no hubiera sido así? Usted se arriesgaba mucho. De presentarme con la policía...

La risotada de Powell le cortó en seco.

—Dejemos esto ya, Stiler. Por tanto, póngase en pie Vamos a dar un paseo.

—¿Solo?

—No. Jim Lyman irá con usted, y nosotros también.

—¿Y Cora...?

—A Cora Lyman, como ya le he dicho, Stiler, no le ocurrirá nada. Ella es mi mejor triunfo y ya sabe por qué.

Stiler se puso en pie. Obedeciendo a una seña de Powell empezó a cruzar la estancia en diagonal, yendo hacia la puerta mientras que Jim Lyman se levantaba a su vez para salirle al encuentro obedeciendo la indicación de Cassidy.

Un millón de dólares. Una herencia que había sido trágica para la pobre y hermosa pelirroja Fay Colman.

Una herencia que a él le iba a costar la vida por su inveterada costumbre de meterse siempre donde no le llamaban.

Llegó a la puerta notando de paso que el bolsillo de la americana ya no le pesaba como antes de entrar en la quinta, y adivinó que la automática ya no estaba allí.

Stiler pensó en el teniente Falcom y en el taxista. ¿Dónde estaba aquél?

Tal vez durmiendo tranquilamente. ¿Y el taxista? ¿Qué había sido de él?

Los ojos de Stiler se endurecieron mientras sus pensamientos iban a Cora. A Cora, a la que ya no vería más.

Durante unos segundos, ya con la mano en el tirador de la puerta, Stiler luchó consigo mismo, intentando dominar el deseo que sentía de volverse y saltar contra los tres que llevaba detrás.

Era un suicidio y, por tanto, no lo hizo, aun sabiendo que más allá, en la puerta de la quinta, aguardaba el «Cadillac» que iba a llevarle a la muerte.

Detrás de él sonó ahora la voz de Powell:

—Vamos, Stiler, ¿o es que tiene miedo?

Stiler no replicó y tiró de la puerta.

Jim Lyman y él salieron juntos.

Eso fue todo, por el momento.

Es decir, dieron un par de pasos, y entonces alguien dijo desde uno de los ángulos del *hall*.

—Será mejor que tiren las armas, Powell.

Hubo una seca maldición, y, después, con un grito salvaje, Jim se lanzó sobre Helen Drive. Casi al instante ésta disparó. Luego sonó el tableteo de una metralleta mientras Stiler se lanzaba al suelo de cabeza, y, procedentes de todas partes, los hombres de uniforme irrumpían en el interior de la quinta, donde el teniente Falcom y

tres agentes más habían permanecido hasta aquel momento.

Tres minutos después, todo acabó.

Stiler se puso en pie mirando en torno. Helen Drive, la muchacha pelirroja que tenía el mismo rostro que Fay Colman, ya no estafaría o intentaría estafar a nadie más.

Caída en el centro del *hall*, junto al agonizante Jim Lyman, tenía el pecho materialmente acribillado a balazos. Un poco más allá vio a la retorcida figura de Cassidy, con la cabeza junto a los pies de Powell, ambos muertos. Acribillados por una certera descarga de una metralleta.

En el suelo, dos agentes de uniforme, heridos de bastante consideración.

Stiler dio un suspiro y se inclinó sobre ellos. Unos segundos después estaba pidiendo a gritos lo necesario para curarles, mientras Falcom corría hacia el teléfono para llamar a la ambulancia.

Dos horas más tarde todo volvía a quedar en silencio, y los dos hombres quedaron solos en la quinta, mirándose.

—Fue un taxista, ¿verdad?

Falcom le miró atentamente durante unos segundos y después replicó:

—Sí. Y llegó muy a tiempo. Nosotros ya nos disponíamos a venir.

—¿Por qué?

—Vino otro de los L. Burton de Nueva York, con nombre supuesto y se presentó en el Precinto. Nos contó todo lo referente sobre esa herencia. Até cabos y me dispuse a dar la batida. Nos poníamos en marcha cuando se presentó tu taxista. ¿Ahora...?

—Ahora está Cora. No sé cómo voy a darle la noticia, Ted.

Esta misma pregunta se la hizo tres horas después, cuando ya amaneciendo, dentro de un taxi, se encaminaba hacia su casa. Hacia Cora.

Tenía que hacerlo. Tenía que contárselo todo, y, luego, si ella quería, se casarían discretamente. Luego, un viaje largo, muy largo, para hacerla olvidar.

Pensando en esto, Stiler sonrió, y ni su sonrisa, ni sus ojos, fueron, ni mucho menos, tan duros como siempre.

Cora olvidaría. Él estaba seguro de ello.

FIN

EL FIN DEL MUNDO



Quizá la fecha esté muy próxima a nosotros. Los científicos que trabajan para la guerra pueden provocar la hecatombe final.

Basta con que alguien oprima un botón en Washington o en Moscú.



MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

LOS GANGSTERS



Lucky Luciano, el "amo" indiscutible; Frank Costello, cuyos "negocios" producían miles de millones; Al Capone, el gran organizador del hampa. Tres de los muchos nombres que jalonan la alucinante historia del gangsterismo.

Desde las primeras maniobras de la "mafia" en tierra americana, hasta las actuales infiltraciones en el sindicalismo, pasando por los rugientes años de la ley seca, he aquí el cuadro completo del "racket" y sus siniestras figuras. Un panorama aleccionador cuya contemplación suspende el ánimo.

MARABU ZAS

INTERPRETE SUS SUEÑOS

Pierre Real

¿Sabe usted que los sueños pueden a veces avisarnos de que un peligro nos amenaza?

¿Sabe que todos soñamos, aunque no siempre lo recordemos al despertar?

¿Sabe que un sueño puede mostrarnos el camino que conduce al éxito en la vida?

Pero los sueños nada significan sin la clave adecuada para interpretarlos y abrir la puerta de un mundo maravilloso.



**MARABU
ZAS**

**PEQUEÑOS LIBROS
DE GRAN CONTENIDO**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



LAS RELIGIONES

Desde las más primitivas y bárbaras idolatrías, hasta la Revelación cristiana, el hombre ha recorrido insólitos caminos en su ansia de vivir eternamente. Curiosa, dramática, terrorífica, enigmática o sublime, la historia de las religiones explica, a través de la evolución de culturas y sociedades, muchos aspectos desconcertantes del mundo de hoy.



COLECCION



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

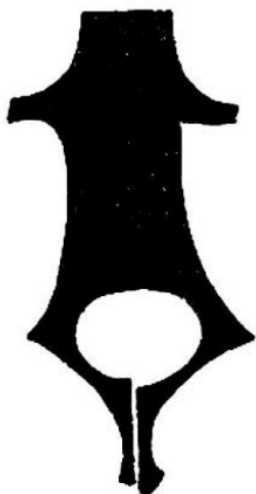
LA GRAFOLOGIA

A. M. Cobbaert

Mil posibilidades en esta frase tan sencilla: saber cómo somos en realidad, cómo son las personas que nos rodean, para qué servimos, y hasta cierto punto, a dónde vamos...

Jefes de empresa, médicos, educadores, técnicos en orientación profesional, investigadores, todos se valen de la grafología como de una ciencia exacta.

¿Por qué no utilizarla nosotros para nuestro provecho y diversión? ¿Ha pensado en ello?



MARABU ZAS

PEQUEÑOS LIBROS
DE GRAN CONTENIDO



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

4.000 años de piratería



Fascinantes historias de los piratas! Morgan, "el terrible"; Avery, "el afortunado"...

Bandera negra, libertad y sangrientos abordajes.

Pero detrás de la leyenda, con su perfume de brisas tropicales, hubo algo más: unas causas políticas, unos códigos, unas consecuencias históricas

En estas páginas, junto a las aventuras apasionantes, encontrará usted todo lo que de la piratería generalmente se silenció.

MARABU ZAS

**PEQUEÑOS LIBROS
DE GRAN CONTENIDO**



**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPÚBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Calle 18,
número 8-64 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSÉ.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 355-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conco, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 13 Calle número 5-43
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatli, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 380 - ASUN-
CIÓN.
- PERU:** "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 336
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 2ª Avda. Sur, 520
Edificio Modelo. Apartamientos 304-305 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 173 - CARACAS.

**veterano
tiene eso
un veterano
sabor**

VETERANO ES DE OSBORNE
VETERANO ESO ES COGNAC



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptos. • Impreso en España • Printed in Spain

